VALOR Y MIEDO

ARTURO BAREA

Valor y miedo

Arturo Barea

Libros libres

para una cultura libre

Maquetación

Demófilo

10/08/19

-.-

Biblioteca Omegalfa

2019

Ω

Arturo Barea

Valor y miedo

I

LA TIERRA

El viejo estaba sentado en una silla baja al lado de la camilla. Alrededor, silenciosos, los compañeros del caído. Aún estaba caliente el cuerpo. Una bala explosiva le había tirado sobre el talud de la trinchera. En su misma chabola dormía el padre. Le despertaron al pasar y siguió detrás del cuerpo sin despegar los labios. Se sentó allí, en la salita de la Comandancia, y tomó entre las suyas una de las manos del hijo. Así llevaba más de una hora. La entrada del Comandante, no le sacó de su muda inmovilidad. Respetaban todos el dolor que sentían, hondo e intenso.

Sin cambiar de postura, comenzó a hablar. Comenzó a hablar bajito, como al oído del muerto:

—Cavaba yo muy hondo, me acordaba de ti. Quería que fuera tan alta la trinchera que no te llegaran las balas, ni tuvieras que agacharte. Podían creer que tenías miedo. Estaba la tierra dura de la helada. Igual que aquella tierra que yo trabajaba de mozo, siempre dura, helada o reseca por el sol.

»Todo en balde. Entonces se me negó a mantener a tu madre y a tus hermanos a quienes no conociste. Se los comió la tierra y nos quedamos tú y yo. Yo huí de allí con tu mano en las mías, como ahora. Aquí vinimos, a Madrid. Tú no conociste la tierra. Yo nunca te hablé de ella, porque para mí no era más que dolor. Los domingos tú jugabas, yo miraba los campos. Me acordaba de todos y a la vez la quería.

»Abres un surco, echas un grano de trigo y sale una espiga. Sudas y te hielas durante meses, pero cuando siegas, es como el vino; te emborrachas y te sientes pagado. Cuando la tierra

está seca y no llueve, no hay espigas. Entonces sientes la rabia de no poder coger una nube y romperla y sacar el agua de dentro con los dientes y las manos.

»Los que queremos a la tierra, cuando no llueve, rabiamos. Los que no quieren la tierra, se ríen.

»Pasó así: Yo rabié dos años ante la tierra seca. Tuve que pedir prestado. El que me dio el dinero, no quería a la tierra, quería la tierra y se quedó con el arriendo. Perdí las tierras y sólo quedaste tú. Salí contigo, porque eras lo que me quedaba y porque quería conquistar a la vez la tierra perdida y volver a ella.

»Te he perdido a ti. Sólo me queda volver a la tierra».

Cayó otra vez en silencio y cayeron las horas pesadas de la noche. Al amanecer, desapareció el viejo. El Comisario se mostraba preocupado ante el Comandante:

—No sé si el viejo habrá hecho algún disparate. Quería al chico a cegar. Es toda una historia: Este hombre, tenía en no sé cuál pueblo de la Mancha, unas tierras de sus padres. Tú conoces esos pueblecillos perdidos en medio de la llanura de tierra seca en verano e invierno. De hombres secos desde niños. Cuando hacía poco que se había casado, vinieron los años de sequía y las tierras pasaron a manos del usurero. Se le murieron dos hijos que tenía y cuando ya eran viejos, él y su mujer, tuvieron éste; pero la mujer murió en el parto. El hombre se vino a Madrid y crio al chico como pudo, ayudado de las vecinas. Él era albañil de los buenos, en aquellos tiempos de Pablo Iglesias. Y claro, cuando estalló el movimiento se marchó con el chico. Luego cuando se formó el Ejército, no admitimos al padre por ser demasiado viejo y él se metió en Fortificaciones. Yo mismo le ayudé para que viniera a nuestra Brigada y estuviera al lado del chico. Hasta le había dado permiso para dormir en la misma chabola que él.

—En fin, esperaremos un par de horas y si no aparece tampo-

co en la brigada de Fortificaciones que se lleven al chico.

Al despuntar el día, se había marchado el viejo. Los compañeros que velaron el cadáver dormitaban. Salió sin hacer ruido y enderezó sus pasos hacia la capital. Iba lentamente. Vació el cerebro de ideas a excepción del objeto de su excursión. Llegó a la casa vacía y sola. Abrió. Toda la casa hablaba del muerto: aún sobre la mesa, había un libro abierto y otros sobre los muebles, dispersos aquí y allá; donde los dejó el muerto. En una silla un par de pantalones. La tartera de la comida. Un retrato de la novia sobre la cómoda. Miraba el viejo todas aquellas cosas, tal vez sin verlas. Abrió la cómoda y rebuscó en lo hondo de su cajón profundo.

Sacó en la mano la navaja. Una navaja de aquellas antiguas que se ven aún en algunas casas, como recuerdo de familia. Una de aquellas navajas que inmortalizó Goya en sus pinturas de majos. Era de las llamadas de «lengua de vaca» con una hoja ancha y fuerte algo oxidada. Con muelles, cuyo estridor, al abrirse, era escalofriante. La hoja montada sobre cachas de asta, medía casi dos palmos.

La acarició e hizo funcionar sus articulaciones. No cabía en el bolsillo. Hubo de meterla entre el pantalón y la camisa. Cerró la puerta tras él y volvió a la trinchera.

—Salud, señor Juan. Le acompaño en el sentimiento.

—Gracias, hijo.

Empuñó el pico, como siempre, y trabajó duro y firme. Comió mecánicamente y volvió a la tarea, hasta que el sol desapareció en el horizonte. El ramal estaba terminado. Con su paso lento de campesino, volvió a la chabola y se tumbó en el camastro.

Allí habían dormido los dos juntos muchos meses. Quedó el viejo, tripa arriba, con los ojos abiertos a la oscuridad, como si esperase el regreso del hijo después del relevo.

Ya noche cerrada, se levantó y se lanzó por el laberinto de la

trinchera que tan bien conocía. Llegó al ramal de ataque y siguió por él hasta el fin. Allí se sentó sobre la negrura de la tierra. Esperaba a los dinamiteros.

Los dinamiteros son unos hombres que vinieron de allá, de Asturias y de Almadén, mineros todos. Se criaron entre la dinamita. Tratan este explosivo como a un amigo de la infancia. Una mecha corta, dos centímetros o tres. Un cigarro en la boca y un brazado de cartuchos preparados bajo el brazo. Encienden la mecha pausadamente y lanzan el cartucho. El cartucho estalla, exacto, al terminar su parábola. Al estallar, siembra la muerte. Los dinamiteros, sembrando, van en cabeza, detrás los soldados a todo correr. Delante las ametralladoras enemigas.

Mal oficio, el de dinamitero. Una vez, de cien hombres, cayeron ochenta y seis, muertos o heridos. Los segó una ametralladora. Los catorce restantes entraron en la trinchera enemiga y la trinchera quedó abierta en bolsas, rota, destruida. Detrás, entraron los milicianos.

Cuando los dinamiteros saltaron el parapeto, el señor Juan se levantó de su rincón. Nadie le vio. Saltó con ellos, a la cabeza de ellos. Estallaba la dinamita y le alumbraba. Algunos mineros extendían la fuerza de su brazo para que el cartucho no estallara en su cara.

Cayó en la trinchera enemiga con la navaja abierta. Con la navaja de lengua de vaca, con la cual tal vez un majo de 1808, destripó caballos de mamelucos de Napoleón. Con la navaja que, igual que hiciera un siglo antes, destripó moros y más moros de los que llenaban la trinchera. La navaja abrió camino al ataque.

Al final, quedó hincada en tierra sujeta por la mano crispada del viejo que con ella pretendía abrirse camino a través de esta tierra, suya, tan suya.

Le enterraron aparte, en una loma iluminada por el sol, allá en

la Casa de Campo.

Cerraron la navaja, roja de sangre y, sin secarla, se la metieron entre el pantalón y la camisa.

II

SERVICIO DE NOCHE

Este es un episodio histórico. Lo he visto. Lo conocen todos los corresponsales de guerra extranjeros que estaban en Madrid en noviembre de 1936. Lo único que no es exacto es el nombre de la heroína. No me atrevo. Podría, a sabiendas, causar un perjuicio el día que el servicio telefónico de España, vuelva a ser regido por sus directores americanos que abandonaron la Telefónica de Madrid, pocos días después de estos bombardeos.

Lo primero que llama la atención es un zumbido y la caída de una chapita que parece una ventana que se abre. Tras la ventana, asoma un número. Constantemente, en esta fachada llena de ventanitas cerradas, se abre una y se asoma el vecino, —o número correspondiente—, y con su zumbido, parece llamar a la portera. Instantáneamente, se enciende abajo, en lo que podíamos llamar el patio, un redondelito de luz roja entre dos grandes hileras de redondelillos puestos al pie de la fachada. Entonces unos dedos ágiles, cogen una de las columnitas que hay, también en dos hileras, en el patio y la introducen en un agujerito que existe bajo cada ventana. La columnita se prolonga en un cable de su mismo grueso de color marrón.

Técnicamente, el edificio, se llama «un cuadro telefónico»; las columnitas «jacks» o «clavijas». La ventanita que se abre, es una llamada telefónica que pide el contacto de jack para seguir su curso. Pero, a mí, un cuadro telefónico, me ha producido siempre el efecto de una casa de vecinos, a los cuales se suministra el agua, por mangas, desde el patio. Cuando han llenado sus cacharros, la portera retira la manga.

Lolita, es la encargada del llamado «cuadro internacional» de la Telefónica en Madrid. Francamente, yo no podría llamarla la portera, sino la chica de la portera. Es una figurilla delgada que, con vestido y todo, llega a pesar 44 kilos. Una cara finita, llena de ojos vivos oscuros y de músculos pequeñitos que la animan con todos los matices propios de un sistema nervioso enorme, encerrado en un cuerpo diminuto. Las manos son pequeñas y frágiles, pero revolotean con viveza de ratón sobre el tablero.

En París la conocen bien, aunque sólo de oídas. Su voz, un poco metálica, sabe de charlar con las compañeras de París en ratos de ocio y de disputar a gritos, cuando surge el error en la comunicación. La conocen también los mejores reporteros del mundo. Algunas veces, la han llevado una caja de bombones. Otras veces, la han chillado violentamente en inglés o en francés. Los bombones se los ha comido. Las broncas las ha resuelto en un torrente de frases madrileñas que, afortunadamente, no han comprendido nunca los corresponsales extranjeros.

Si le preguntáis a Lolita si tiene miedo, os mirará muy serenamente, abrirá los ojos con asombro y os contestará:

—Pues claro que le tengo. Pero, me lo aguanto.

Y esto es rigurosamente, verdad: Lolita estaba la noche del 19 de noviembre de 1936, sentada ante el cuadro internacional, —entonces situado en el piso quinto de la Telefónica—, estableciendo una comunicación telefónica para el corresponsal de la International News, —la agencia de Hearst—, en París. Miraba su relojito de pulsera. Pocos minutos después, terminaría su hora de servicio y sería relevada. Tenía ya ganas de ello. Eran casi las dos de la madrugada, y el servicio de prensa y el oficial desde las diez de la noche a esta hora es el más intenso. Poco tiempo tardaría en meterse en la cama. Allí al lado tenía la alcoba, una alcoba colectiva, donde las muchachas del servicio de noche han dormido durante el sitio de

Madrid, para evitar que anduvieran solas por las calles bombardeadas, oscuras y desiertas a las horas de relevo.

En los pasillos del piso, comenzó el murmullo y el pataleo de las chicas que entraban al servicio y que surgían de la alcoba, una a una, lamentando —nunca mejor empleada la frase— dejar la cama caliente a otro. Iban al ropero, recogían de los armarios de acero individuales su bata negra y su casco de auriculares. Se redibujaban el corazoncito de los labios, borroso del sueño. Algunas llegaban a lavarse la cara. Como los gatos, mojaban una punta de la toalla y se restregaban. Distraídamente leían un cartel en lápiz azul firmado por Camila, la gobernante: «Atrancar las cañerías, con pelos o similares (sic) es digno sólo de fascistas».

Las chicas uniformadas de negro, los pelos húmedos alisados y los ojos ya despiertos, se entrecruzaban en el pequeño hall del piso, con las chicas que seguían saliendo de la alcoba, con sus pelos alborotados, la cara de sueño y sus trajes propios, en todos los cortes y en todos los colores.

Las telefonistas entrantes se aproximaban a la mesa de la compañera saliente, enchufaban su casco al borde del tablero y comenzaban su labor. El relevo de Lolita, había ocupado la silla de ésta. Siguió tratando de establecer la comunicación con París. Lolita recogía del tablero sus cosas nimias: un lápiz, un bloc, la barrita de los labios, el bolsillo. Se separó de la mesa.

En aquel momento, estalló la alarma. Las sirenas, montadas sobre motocicletas, atravesaban a toda velocidad la Gran Vía. Las explosiones de éstas, se unían al zumbido ululante de aquéllas. Como fondo el ruido pesado de los trimotores junkers sobre la ciudad.

La muchacha entrante, se desprendió rápidamente de sus auriculares; abandonó la silla y salió corriendo. Se abrió una de las ventanitas:

París.

Lolita, bajaba ya la escalera estrechísima, donde iban arracimándose los empleados de todos los pisos.

La escalera era una sierpe ondulante de gentes que bajaban lo más deprisa posible, pero sin atropellarse. Un rosario de exclamaciones de ira. En las puertas de los pisos, se empujaban las muchachas con chillidos de miedo. Lanzas de luz atravesaban la oscuridad total. Se entrecruzaban en el aire los destellos. Caían sobre las paredes los manchones redondos de luz. Surgían caras fuertemente iluminadas por un foco incidental. A veces quedaba uno deslumbrado y, perdía totalmente la visión, cegado por la luz que le miraba a uno. Explosiones muy cercanas al edificio, hacían vibrar su armadura gigante de acero y sus paredes ligeras de cemento. El zumbido de los motores se infiltraba por los muros. Llenaba todos los espacios. Se encontraba uno sumergido en un torrente de ruido, como en un torrente de agua.

Lolita, al volver uno de los descansillos, vio en un tramo superior la cara, fugazmente iluminada de su relevo. Una cara desorbitada por el miedo. Preguntó a gritos:

—¿Ha contestado París?

—Sí, pero no he puesto el «jack».

—¿Y el corresponsal?

—Espera arriba.

Como un gato rabioso, a manotazos, a empujones, subió Lolita los dos pisos, luchando contra la corriente humana. Atravesó corriendo la sala de periodistas, donde en efecto, esperaba solo el corresponsal. Escribía rápido algo así: «En estos momentos se desata sobre Madrid el bombardeo aéreo más violento…».

—Un momentito. Le pongo enseguida —le gritó Lolita al pasar.

Entró en la sala de aparatos, inmensa, iluminada sólo por luces azules de socorro. Se precipitó sobre el cuadro internacional. La ventanita de París seguía abierta y su zumbido tenue gritaba pidiendo el contacto. Lolita enchufó la clavija; se cerró la ventanita. Quedó allí, sola en la inmensa sala, con los auriculares puestos, controlando la conferencia.

Fuera, seguía el zumbido de los aviones. Las explosiones se multiplicaban sobre el centro de Madrid. Los junkers, van y vienen, suben y bajan. Parece que envuelven la Telefónica. Saltan las ventanas en cachos. Entran oleadas de humo acre que invaden, lentas, la sala. Se interrumpe la conferencia con París.

Lolita estalló en gritos de llamada a la Central parisina, gritos estridentes, con los ojos llenos de lágrimas. Apretaba con sus manos los auriculares puestos.

Pensaba que era preciso que el mundo supiera en el acto lo que pasaba en Madrid.

Temblaba de miedo.

Se reanudó la conferencia con la «internacional News Service».

III

COÑAC

Ha sido una explosión; lejana, sorda, tenue, pero una explosión… Sin embargo, no está muy seguro. Hace tres días, los aeroplanos bombardearon Madrid. Ha oído hablar del subconsciente, y le parece posible que el miedo de lo que ha oído contar en aquella casa de la Puerta del Sol, vaciada, haya obrado, y que sólo el miedo le haya despertado esta madrugada fría de noviembre.

Don Manuel, —le siguen llamando don Manuel a pesar de la revolución— pasea su mirada por la inmensidad de la alcoba. No ve nada, absolutamente nada. Su cerebro vacío y todo en silencio, a excepción del latir del despertador que parece un corazón colocado sobre la mesilla de noche. Suenan también en el silencio de la alcoba, los ronquidos profundos y acompasados de doña Juanita que reposa a su lado, distribuidas sus grasas sobre el colchón en obediencia matemática a las leyes de la gravedad.

Nunca se despierta, don Manuel, durante la noche. Tiene el sueño pesado de hombre que pasó la cincuentena y que sólo ahora puede satisfacer su estómago, cuando éste ya padece un poco de acidez. Sus sueños son densos y tejen una futura apoplejía. Ni su estómago ni la vecina de arriba, que alguna vez le ha despertado en sus juergas ruidosas con sus amiguitos, han sido la causa de su desvelo.

Escucha ansiosamente. No sabe si encender la luz de la mesilla o no. Tiene una pierna bajo las piernas de doña Juanita. Una pierna por la que corre un cosquilleo desagradable por la deficiencia de circulación de sangre, bajo el peso que soporta.

La pierna es una obsesión y comienza a liberarla en una labor lenta y paciente que cuando está casi lograda, provoca una reacción de la mole que descansa a su lado. Cuando sólo queda por liberar el pie, resuena la segunda explosión, más neta, más cerca. Tiene como virtud, provocar la retirada seca del pie prisionero y un estremecimiento profundo de doña Juanita que sopla, gruñe y se revuelve en la cama, pero no se despierta.

Don Manuel, se sienta en la cama y apenas lo ha hecho, vibra el aire con el zumbido ronco de los trimotores y suena otra explosión, tan cercana que seguidamente se oye el derrumbar de escombros y el tintineo de vidrios rotos.

Enciende la mariposa con una luz más medrosa que la misma oscuridad. Es una bombilla pequeñita envuelta en una gasa azul índigo que sostiene en la mano una virgen mitológica en bronce barato. No quiere despertar a su esposa ni encender la luz central. Podría filtrarse la luz por las rendijas de las maderas tan cuidadosamente cerradas y esto sería un aviso y una invitación para los aviones.

Se lanzó de la cama pensando que si su esposa despertaba, una obligación fisiológica sería una buena excusa.

Realmente, tenía la boca seca, la lengua gorda como si hubiera comido sal. Le temblaban las manos. ¿Quién sabe dónde puede caer una bomba? Doscientos cincuenta kilos, y su casa era un tercero de una construcción vieja, con esqueleto de madera.

En el comedor había una botella abierta de coñac, de aquel que en tiempos normales buscan los conocedores, como el mejor de España y que ahora no se encontraba a peso de oro. Dos más en reserva. Él no amaba el alcohol, pero por esto mismo, tenía fe en su virtud en este momento de desfallecimiento.

Llegó a tientas al comedor y cerró la puerta tras sí. Seguro de

que el reflejo no penetraría en la alcoba; encendió la luz y como un ladrón, con miedo y vergüenza, con precauciones infinitas para no meter ruido, sacó la botella de coñac. Allí mismo, sin copa ni vaso, la boca al gollete, apuró un trago largo, sin sentir el paso del licor por sus fauces secas. Sólo después, sintió subir de su estómago a su frente un ardor violento. ¡Cómo reconfortaba aquello!

La lógica le afirmaba en aquel momento que Madrid tenía cien kilómetros cuadrados. Que su alcoba tenía dieciséis metros cuadrados. Que suponiendo se tiraran cincuenta bombas, las probabilidades de que cayera una en su sagrado recinto, eran de… ¿qué tanto por ciento, era? Volvió a su alcoba sumido en el mar del cálculo. Esto era más difícil que los cálculos de precios en la tienda, pero lo resolvería, porque se consideraba con un cerebro ágil para las matemáticas.

Levantaba el embozo de las sábanas ya afirmado en sí mismo. Sonó el estallido, tan enorme, tan violento, tan bárbaro, tan cerca. Trepidó la casa. Cayó una lluvia de cascotes al exterior, piedras, cristales. Crujieron las maderas. Parpadeó la luz, aquella luz tan insignificante, y por un momento adquirió caracteres de foco. Bailaron sus entrañas.

Cayó allí, de rodillas, al borde de la cama y quedó quieto, inmóvil, quién sabe el tiempo: ¿un minuto, diez, media hora?

Cuando recuperó la conciencia, le rodeaba la neblina azul índigo. Un brazo fuera del embozo, doña Juanita roncaba en ritmo tranquilo. La odió en aquel momento.

De la calle subía un murmullo de gente afanosa. Tintineaban las campanas de los bomberos y de las ambulancias. Gritos descompasados y blasfemias rotundas.

Temblaba don Manuel, quieto en la noche. Despacio, despacito, sin meter ruido, como un ladrón nocturno, con sus pies desnudos, volvió al comedor y a tientas buscó la botella de coñac y se la llevó a la alcoba amorosamente.

Incorporado en la cama, escuchaba y bebía. El alcohol poblaba su cerebro de ruidos y de seguridades. Cuando vencían los ruidos, bebía un traguito; cuando vencían las seguridades: «te vas a emborrachar», se decía a sí mismo.

A las seis y veinte, —don Manuel no ha olvidado este momento exacto— la luz del día se filtraba por las rendijas de las maderas del balcón.

Su último pensamiento fue éste:

—Si llego a encender la luz, estas rendijas hubieran servido de señal a los aviones.

Cayó definitivamente sobre la almohada.

Doña Juanita, inocente e ignorante, encontró aquella misma mañana un hombre gordo, canoso, bigotudo, calvo, que roncaba como un fuelle de fragua, y una botella de coñac vacía, caída en la alfombra a los pies de la cama.

Don Manuel entra, con su paso tardo de hombre grueso, en el bar. Pide un coñac y lo bebe con unción. Está rodeado de milicianos con permiso. En estos momentos, comienza su historia:

—La noche del nueve de noviembre, fue una cosa seria. Vinieron los junkers… Recogíamos los muertos y los heridos; las bombas caían a nuestro alrededor. No podíamos ni encender las linternas. Me recordaba aquellos tiempos en que yo en Cuba…

Llega a casa borracho, y doña Juanita le acuesta resignada. En ella quien ahora pasea su mirada por la negrura de la alcoba y teme encender la luz, ignora la tragedia de don Manuel y la ignorará siempre.

Borracho perdido, jamás don Manuel dirá a doña Juanita que una noche la odió.

IV

BOMBAS EN LA HUERTA

La rana está allí en el borde del cráter, poniendo sobre la tierra negra y húmeda la mancha blanca de su tripa vuelta al cielo. Parece la miniatura de un niño espanzurrado, con su vientre hinchado, sus patas largas y fláccidas, sus bracitos recogidos sobre el pecho. La fuerza expansiva la mató y la tiró allá a lo alto del pozo lleno de agua sucia, donde vierte la acequia rota su chorro. Al parecer, es la única víctima. Tal vez la explosión la sorprendió en un canto de amor al pie de la acequia. Con sus ojillos saltones, muy vidriados por la muerte, muy abiertos, la rana mira al cielo. Mientras miro yo a la rana, el viejo, el dueño de la huerta, me explica:

—Nos salvamos de milagro. Creíamos que la casa se hundía. La casa es una casita de ladrillo, blanqueada con cal, que se levanta a viente metros del sitio donde cayó la bomba.

—Verá usted: cuando pasó el avión hacia Alicante, yo había salido para dar una vuelta a los tomates, porque la noche estaba muy fría. Pasó por aquí encima y después oí las explosiones detrás del monte. Yo estaba allí, en aquel bancal —me señalaba la parte opuesta de la huerta—, cuando le sentí volver. Venía derecho hacia aquí, por encima de Santa Faz, cuando… ¡Boum!… Sonó tan fuerte y tan cerca que me quedé sentado en el suelo y casi inmediatamente, cayó esta bomba. Con que, salgo corriendo a casa a ver si había pasado algo a la mujer y me la encuentro corriendo por el campo en camisa. Abrazados estábamos, cuando tiraron la tercera que cayó en esa huerta, que ve usted allí abajo. Luego, ya se marcharon. No pudimos dormir en toda la noche, y en cuanto se ha

hecho el día, me he venido aquí. Llevo recogidos lo menos diez kilos de hierro, y lo peor es que me ha destruido la tierra del bancal y la acequia. Talmente como si me hubieran dado a mí en las entrañas. Porque, claro, ustedes, los de Madrid, no saben lo que es esto para nosotros. Pero nosotros sí.

Se endereza la figura del viejo en el borde del cráter. Se transfigura al extender circularmente la mano derecha, abarcando toda la llanura cuajada del verdor de la huerta, y rompe a hablar, hieráticamente, como iluminado.

—Dicen que los romanos que hubo antes de Cristo, estuvieron por aquí, y desde las montañas bajaron el agua por todos estos canales hasta donde estamos. Esto se lo oí hace muchos años, a un señor que también vino de Madrid y estuvo viendo las acequias y los puentecillos y decía que era cosa de romanos y de moros. Fíjese si aquella gente querría a la tierra. Leguas y leguas de canalitos, para llegar aquí el agua. Mi abuelo cavaba esta tierra y la habían cavado sus abuelos y los abuelos de sus abuelos. Cuando yo era chico y le estropeaba una reguera por pisar dentro de los bancales, me daba un palo en las costillas: —«¡Lladre!», me gritaba— ¿crees que no hay más que cavar, para que tú destroces? Y además, dejas perder el agua. Era ya más viejo que soy yo. Salía a plantar con un cucurucho de papel, haciendo agujeros en la tierra y dejando caer la semilla allí. A lo último, ya le dolían los riñones y no podía agacharse. Para mí era un juego plantar con el cucurucho. Venía detrás de mí y me regañaba porque los agujeros no estaban bien rectos e iguales. Así, sesenta años he labrado esta tierra. Algunas veces plantan mis nietos, por juego, y yo me enfado porque tuercen las hileras de agujeros. También comienzan a dolerme los riñones. Hemos vivido en paz sesenta años, hasta que ha venido esta maldita guerra. «Redeu»… Me mataron un hijo los italianos en Guadalajara, y ahora vienen aquí de noche a matarme la tierra…

Se calla el viejo y su mirada se hunde en el hoyo de la explo-

sión.

Hay un naranjo cargado de fruto, arrancado de raíz, caído a unos metros. Penden de sus ramas, las bolas doradas, no maduras aún, y a su alrededor hay docenas dispersas. Parecen hijos que hubieran perdido a la madre. En la copa de otro naranjo, hay un tejido de cañas de las que sostienen las plantas de tomates ya maduros. Se mezclan con el amarillo de las naranjas las manchas rojas que parecen de sangre fresca sobre el árbol, herido en su tronco por una esquirla de metralla.

La bomba ha caído sobre el mismo canal de la acequia y la ha roto. La acequia, una gruesa arteria cortada, ha rellenado la herida de agua sucia y rebosa la sangre de la huerta por todos los bancales, mansamente, en una inundación callada que va cubriendo las plantas bajas y los hoyos. La tierra blanda y removida, absorbe ansiosa el agua. Esto es la pérdida de la siembra: se pudrirán allí dentro las raicillas nacientes. Parece que todos los árboles y todas las flores y todas las plantas miran al hoyo negro, lleno de agua negra. Hay un silencio hondo y profundo en la huerta.

Rompe el viejo su meditación; empuña la azada para clavarla en la tierra. Entonces, ve el cuerpecillo de niño de la rana, tripa al sol. Se inclina y la coge por una de sus patas posteriores, la suspende en el aire y la contempla, colgante de sus dedos como un pingajo:

—¡La pobre!

La deja caer blandamente en la tierra removida y vierte sobre ella la primera paletada de esta tierra grasa, religiosamente, despacio, como para no aplastar el cuerpecito frágil.

Me he marchado lentamente, de cara al mar, de espaldas a la huerta asesinada.

Me acompaña el ruido isócrono de la azada del viejo que, resuena en el campo, como azada de sepulturero.

V

PROEZA

El 20 de enero de 1937, aproximadamente a las once de la mañana, volaba sobre Vallecas una escuadrilla de trimotores fascistas. Bombardearon el pueblo al pasar.

Ya fuera del núcleo de población, sobre las casitas sueltas, diseminadas por los campos baldíos, un junker se destacó de los otros y descendió rápidamente sobre una explanada soleada.

Las mujeres toman el sol sentadas en sillas bajas de paja, formando un semicírculo irregular. Cosen y charlan, y de vez en cuando, una de ellas se levanta, penetra en una de las casitas cercanas y da una ojeada a la comida. Alrededor de ellas un enjambre de chiquillos que juegan sobre la tierra dura.

No hay hombres. Unos se fueron al frente, otros al trabajo en Madrid. Ahorrando duro, todos ellos, habían llegado a ser dueños de las casitas humildes que rodean la explanada. Algunas fueron construidas por la propia mano del hombre en los domingos y las horas libres. Se destacan de las demás por las líneas algo abombadas de los muros y este defecto se convierte en orgullo para sus dueños. Casi todos emigraron de las tierras áridas de la Mancha y habían venido, años hacía, a conquistar Madrid. De esta corriente emigratoria nació Vallecas. No se puede saltar de un pueblo de barro, perdido en la meseta, a la capital. Los emigrantes se paraban en las puertas de Madrid y allí acampaban, tomaban fuerzas y planeaban el asalto. Así, Vallecas, en principio, fue un grupo de ventas de arrieros. Después, un grupo de barracas de latas y maderas viejas. Más tarde, a la vez que Madrid se extendía y se apro-

ximaba al arroyo Abroñigal, sucia frontera sobre la que había un puente mísero, Vallecas creció, edificó casas sólidas, cegó el arroyo y se convirtió en uno de los barrios obreros más populosos de Madrid. Aquellas casitas de las afueras eran patente de independencia. Sus dueños eran modestos comerciantes y obreros especializados.

Las explosiones recientes y el rápido descenso del avión sobre la explanada, proyectó las mujeres y los chicos en todas direcciones. Algunos se tiraban al suelo. Otros, buscaron el cobijo de sus casitas. De una de aquéllas, salió una mujer con un niño de pecho en brazos, llamando a sus hijos. Los cinco hijos venían ya corriendo hacia la casita, cogidos a su hermana mayor.

En aquel momento el avión vació su carga sobre la explanada y las casitas.

Tomó nuevamente altura y desapareció en el horizonte.

Quedaron en la explanada, veintitrés cadáveres y tres heridos.

La mujer cayó muerta en la puerta de su casa. Los trozos de carne del niño estaban mezclados con los trozos de carne de la madre. La hija mayor —dieciséis años— cayó muerta sobre el cadáver de su hermana de doce. Uno de los niños de seis años, quedó tendido en el suelo, vivo, falto de un pie y la espalda abierta. Otro de diez años, ileso, pero echando sangre por sus orejas, reventados sus oídos por las explosiones, salió corriendo, llevando a través del campo el cuerpo de la hermanita menor de cuatro años. Lo llevó él mismo hasta la casa de socorro: había recibido el polvo de la metralla y tenía más de cien heridas diminutas en su cuerpecito.

La niña estaba en la sala cuatro del Hospital Infantil del Niño Jesús. El niño cojo, estaba en la cama cuatro de la sala treinta y uno del Hospital Provincial de Madrid.

El padre, como todas las mañanas, se había ido con un carro tirado por un borriquillo al mercado Central de Madrid. Allí,

compraba unas cajas de pescado que después revendía en Vallecas. Así mantenía a sus seis hijos y levantó la casita, ladrillo a ladrillo.

El mismo, me ha contado la historia, sentado a la cabecera de la cama del niño que me miraba con sus ojos oscuros muy abiertos.

El padre se llama: Raimundo Malanda Ruiz.

La madre se llamaba: Librada García del Pozo.

Las ruinas de la casita herida por siete bombas, conserva aún el número 21 de la calle de Carlos Orioles en Vallecas.

El avión era un trimotor junker alemán.

Los asesinos, no tienen nombre.

VI

CARABANCHEL

1. Escenario

Del Puente de Toledo arriba, el paisaje es árido. Campos incultos que, en tiempos estaban labrados, donde nacen hoy los cardos. A ambos lados de la carretera que se lanza cuesta arriba, desde el río, crecieron hileras de casitas modestas, la que más de dos pisos, que flanqueaban el camino hasta Carabanchel. De vez en cuando se ven las ruinas de grupos de casas: eran colonias. En una hondonada se extendía la colonia de los traperos con sus casitas de un solo piso, conjunto multiforme, mezcla de fantasía y pobreza. Pocas, muy pocas, estaban hechas de ladrillos —de ladrillos viejos de los derribos de Madrid— las más eran de adobes repintados de cal blanca. Muchas construidas con un entramado débil de madera recubierto de tablas, chapas y latas viejas. Se ve en las paredes el nombre de la Shell, anuncios murales de Michelín que estuvieron al borde de la carretera, chapas onduladas ya mohosas, de los primeros barracones militares que se construyeron en Cuatro Vientos para hangar de los Farman prehistóricos, sobre los que se formaron los primeros pilotos que en España hubo. Hay también colonias con pujos aristocráticos: la Asociación de la Prensa fundó allí su colonia para descanso de periodistas ricos —especie rara en España—. Estos dos pequeños grupos de viviendas eran polos opuestos; la Colonia de la Prensa era el preciosismo; la de los traperos, eso, el «traperismo». Una con árboles, otra con vertedero. Interme-

dias se crearon otras colonias, grises y borrosas en el paisaje, simplemente: grupos de casas.

En noviembre de 1936, los habitantes huyeron alocados y los moros saquearon todas las casas: las de los traperos y las de los ases del periodismo. Comenzó después la reconquista desde el Puente hasta Carabanchel. Nueve kilómetros en un año, casa a casa y aun en muchos sitios, habitación por habitación. Hoy las líneas ya están en Carabanchel.

En realidad, no existen trincheras, sino una mezcla: trozos de trinchera, zanjas, hoyos, orificios a través de los muros, minas por debajo de cimientos. Sacos terreros tapando ventanas; montones de tierra formando taludes, cemento y ladrillo amontonados en parapetos o rellenando cuevas. Recuerda este caos, esas preparaciones de Museo de Historia Natural, donde se ve un termitero o un tronco de árbol apolillado en sección.

Aquí viven hombres. Aquí matan y aquí mueren.

Viviendo, matando y muriendo, han subido nueve kilómetros de cuesta, empujando, con su fe, cada vez más lejos los cañones que asesinan a Madrid.

Este es el escenario.

2. Escena

Aquel idiota alarmaba la posición. Todas las noches, soltaba un tiro en plena calma y la alarma se extendía en la cresta de las dos trincheras. El capitán estaba ya harto y aquella noche se estableció agazapado detrás de él cuando entró de puesto.

Transcurrió más de media hora. El capitán miraba la figura sombría del soldado atento en la tronera. Había un silencio absoluto en el sector.

Súbitamente, se enderezó el soldado, apoyó el fusil en su hombro y disparó. El capitán saltó sobre él, al mismo tiempo que se coronaba de explosiones la trinchera enemiga.

—¿Qué pasa? ¿Por qué has tirado?

Se volvió sobresaltado y balbuceó:

—Por nada.

—¿Tienes miedo?

—No. Es que… Verá usted: hace unas noches se durmió un soldado, allí enfrente en la trinchera de los fascistas y le volaron la tapa de los sesos. Desde aquí, cuando hay luna, yo veo al centinela perfectamente y hay un soldado allí donde mataron al otro, que lleva tres o cuatro noches que se duerme. Yo le miro, y cuando veo que se le cae la cabeza, le suelto un tiro y le despierto.

* * *

Allá abajo en la carretera, lejos de los morteros y desenfilada de los tiros de fusil, hay una casita con bastantes rotos. Dentro de la casita, un grupo de mujeres que guisan para los soldados. Una de ellas se encarga casi todos los días de llevar un gran puchero a la avanzadilla donde hay constantemente cuatro hombres.

Tiene que cruzar un pequeño espacio batido por una ametralladora que acecha a la carretera que da allí. Cuando llega al punto peligroso afirma la mano sobre el asa del puchero y emprende una carrera veloz. El tableteo llega tardío, y los soldados tiemblan cuando va a pasar y se ríen a carcajadas cuando ha pasado.

Le han dicho muchas veces que un día la van a asar a tiros y siempre contesta igual:

—Para lo que vale una en este mundo, nada se pierde.

Y es que es fea. Pero tan alegre, tan simpática y tan valiente, que a los cuatro que turnan en el puesto avanzado ha llegado a parecerles guapa. Uno se ha decidido a pedirla relaciones.

Es un buen tipo de hombre y ahora cuando ella da su carrerita de diez metros delante de la Intrusa, la hormiguean las piernas y tiene que parar un poco para recobrar aliento.

Ya dentro de la trinchera se encuentra pagada viéndole comer a él.

* * *

Los chicos tienen un sport: Sobre una horquilla de hierro se montan dos tiras de goma y una cazoleta de cuero. Dentro de esta cazoleta se coloca una piedra o un trozo de plomo y se tira a los pájaros en los árboles arriesgando el cachete del guarda, la detención y la multa con su correspondiente paliza en casa. El «tirador» es un sport de chicos traviesos de Madrid.

En Carabanchel, un miliciano forjó un tirador gigantesco, lo clavó en la tierra, le puso unos cordones «sandow» de los usados en aviación y se dedicó a lanzar morteros de cinco kilos a los fascistas. Para ello se reúnen tres amigos: dos realizan la tracción de las gomas hasta el máximum. El tercero deposita el mortero en la cazoleta y sueltan el proyectil que va a caer en las segundas líneas del enemigo.

Durante mucho tiempo, éste ha creído que poseíamos un nuevo modelo de lanza torpedos producto de los técnicos rusos.

* * *

Una noche le tocó de guardia en el parapeto a un andaluz, huido a tiempo de Córdoba e incorporado al Ejército de Madrid. A los pocos minutos oyó ruido enfrente de él —en la tierra de nadie—, y un susurro: «no tiréis, me paso con vosotros». Saltó una sombra dentro de la trinchera y el centinela abrazó al recién venido.

Poco después se repitió la escena. Más tarde otra vez. Una vez más aún, y así durante su guardia, el andaluz recibió hasta siete fugitivos que llegaron cautelosos.

Le quedaba un cuarto de hora de puesto y estaba pensando si vendrían más aún. Escudriñaba nervioso las tinieblas y escuchaba con todos sus nervios en tensión. Por último, no pudo resistir su ansiedad y gritó: ¡Si falta alguno que se dé prisa, que me voy a marchar!

* * *

En algunos puntos de la trinchera existen somieres colocados como techo de ella. Pasáis por debajo de un somier de éstos o de una hilera, y pensáis asombrados qué puede ser. Llegáis a un punto donde existe una casita con un tejado raro: medio metro de tierra y encima una gran cantidad de somieres, dispuestos simétricamente y atados con alambres unos a otros.

Los somieres constituyen un nuevo elemento defensivo y la invención se debe a un sargento aprensivo y reumático que teme ser enterrado vivo.

Llegó un día en aquel sector en que los morteros caían en tal abundancia que hubo de pensarse seriamente en construir refugios bajo tierra que permitieran dormir a los hombres con un margen de seguridad. Comenzaron a construir cuevas —todo este frente está lleno de ellas— individuales para los oficiales y los sargentos, colectivas para la tropa.

Pero aquel sargento, madrileño de cincuenta años que se empeñó en andar a tiros a su vejez para echar una mano a los muchachos, como él decía, se negó rotundamente: él tenía reúma y una cueva bajo tierra, únicamente es admisible si tiene un sumidero para las aguas o al menos una reguerita y no se la forra de madera. Lo segundo no era un problema, pero lo primero sí. Después de muchas discusiones con el capitán, decidió quedarse en aquella casita incrustada en la misma trinchera, donde siempre había estado.

Comenzó a discurrir un medio defensivo que hiciera inexpugnable la débil construcción y lo halló: por dentro rellenó la casita de puertas arrancadas a otras casas. Puertas adosadas a lo largo de las paredes que daban al interior el aspecto de un almacén de materiales de construcción. Arrancó el tejado inclinado de la casa y sobre el borde superior de las puertas, que así pasaron a ser vigas, tendió más vigas formando un techo horizontal. Este techo lo cubrió con medio metro de tierra y sobre la tierra dispuso somieres y más somieres, simétricos y sujetos entre sí por lazos de alambre.

La obra se elevó entre el asombro de todos que no dudaban había perdido la cabeza. Entre burlas le preguntaban si iba a dormir allí encima o si esperaba huéspedes. Él se callaba y perseguía el fin de la construcción a toda velocidad, porque el enemigo se había dado cuenta de que algo pasaba en la casita y tiraba constantemente.

Quedó terminada aquella noche y entonces el capitán le llamó a su cueva flamante, recién construida:

—Bueno, ya has terminado tu capricho. Ahora lo que quiero que me expliques, es qué demonio significa todo ese tinglado.

—Es muy sencillo —diez años habían sido vecinos— y se ve tu carencia de conocimientos de balística. Además es una cuestión de raciocinio tan simple como el huevo que el amigo Colón hizo bailar en un plato, de punta. Raciocina un poco, tú

que has hecho cursos especiales de politécnica y fíjate: ¿Qué es un mortero? Un mortero es una pelota de acero llena de balines o de dibujitos como las piñas que viene volando por el aire, sin meter ruido y que te cae encima sin que te enteres. Pega en duro y te entierra. Pero cae en blando y se queda allí enterrado sin explotar. Pues ahí está toda la teoría. Si cuando caen en blando los morteros no explotan, para que no exploten, no hay más que prepararles una cama blanda. Claro está que me faltan los colchones de lana, con lo cual estaría el problema totalmente resuelto, pero ya trataré de resolver el asunto.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Me miras como si estuviera diciendo estupideces. Pues no señor, no son estupideces. Mi teoría es ésta: cae un mortero sobre los somieres y solamente puede ocurrir una de las dos cosas; estalla o no estalla. Como cae en blando, rebota; y si estalla, porque el colchón le ha parecido duro, estalla cuando está en lo alto de la casa, es decir, en el aire. Si la cama la encuentra blanda, dará unos saltitos y se quedará durmiendo. De todas maneras dentro no entra; y si no, ya lo verás.

En efecto, el enemigo, comenzó a lanzar morteros contra la casita al día siguiente. Tal vez suponía que allí se había establecido un polvorín o se preparaba una nueva mina. Desde la trinchera los soldados contemplaban los efectos al abrigo.

Caía el mortero y saltaba sobre los somieres; en medio del aire explotaba como un fuego de artificio. Muchos morteros, amortiguaban el golpe sobre la trama de alambre y volvían a caer rebotando cuatro o cinco veces, hasta que quedaban allí acostados en lo alto, esperando que los recogieran y se los devolvieran al enemigo. El sargento ejercitaba un derecho de propiedad sobre los morteros no explotados.

Los soldados poco a poco fueron trayendo somieres de las casas abandonadas y atravesándolos sobre las trincheras en

los pasos batidos.

El sargento lleva ya semanas enfrascado en escribir un informe al Estado Mayor. Tiene un titulo en hermosa letra redondilla que dice: «Nuevos métodos de balística defensiva».

* * *

El soldado canturrea una vieja canción:

Ya se murió el burro
de la tía Vinagre.
Ya ha dejado el pobre
esta vida miserable…

Que turulu, lu, lu.

Con esta cancioncilla, da salida a su asco y la repite una y otra vez. Es una autodefensa contra la repugnancia.

Inevitablemente obsesionado, deja de mirar al campo enemigo y vuelve de vez en cuando la cabeza para mirar al burro que le devuelve la mirada con sus ojos aguanosos y desorbitados. El soldado vuelve la cabeza rápidamente y contempla otra vez el campo, casi sin verlo, sintiendo que su estómago protesta desesperadamente. De vez en cuando revolotea al lado de la cara del centinela, una mosca gorda y pesada, una mosca de tripa verde, con pelos negros que parece empeñarse en morderle furiosamente. Entonces el hombre se vuelve casi rabioso y manotea en el aire con asco, con rabia y con ira. La mosca vuelve una y otra vez, y cuando por último se decide a emprender un vuelo largo que la aleja, el soldado respira tranquilo.

Hacia la parte adentro de la trinchera cae la cabeza del burro

sin llegar nunca al suelo. La sostiene un cuello flaco pustuloso que parece va a romperse de un momento a otro. Cuando se toca la cabeza, se balancea como un péndulo. Debajo de los morros se abre una tronera y es casi inevitable, si uno se asoma por allí, el tropezar con la carroña e iniciar su balanceo trágico. Más abajo, en el suelo, en la vertical, hay un charquito amarillento, donde caen de vez en cuando las gotas amarillo–verdosas, que destilan los belfos. Alrededor de este charquito, como mesa de banquete, están las moscas verdes y gordas que tanto asustan al soldado. Se atiborran y su trompa en succión, parece una pata más que les hubiera salido de la cabeza.

A un lado brotan entre los sacos terreros dos cascos pequeños con sus herraduras relucientes del uso, que parece ha pulido un ama de casa. Aquí y allá, brotan entre los rotos, costillas descarnadas con pingajos de carne pegados a ellas y tiras de piel lacias. El medio burro, porque no es un burro entero, le tiraron allí entre los sacos, en la última hora del ataque, cuando el parapeto se desmoronaba y había de rehacerse con medios de fortuna; encima cayeron sacos terreros, ladrillos y todo lo que se encontró a mano. Se aplastaron las costillas con el peso, se partieron las vertebras y la cabeza del burro quedó colgando dentro de la trinchera, sobre aquella tronera desde donde se disparó hasta el último momento.

Así lo encontraron nuestros soldados al entrar en la posición y todavía estaba allí esperando que manos piadosas y a la vez sanitarias lo retiraran y lo enterraran. Su otra mitad nadie sabía dónde podía estar.

Allí, esperando, los ojos ahuevados del burro miraban al soldado de reojo con una mirada apagada de sus ojos ahuevados. El soldado volvía de vez en cuando la cabeza y seguía su canturreo inconscientemente:

Ya se murió el burro…

Le despertó un picor intenso debajo de la axila. Se sentó en la cama y con el brazo en alto, volviendo la cabeza y la clavícula en direcciones opuestas, comenzó una exploración en la mata de vello. Obtuvo un piojo que en principio creyó era una chinche pequeñita. Tan grande era. Un bicharraco hinchado de sangre que se transparentaba a través de su cuerpo córneo. Lo aplastó con la bota, con una mueca de asco.

Ya despierto, paseó su vista por el refugio. Era una cueva tallada en la tierra que, hasta las dos de la madrugada de la noche anterior, había sido del enemigo y desde las dos era del Ejército de la República. Se metieron allí y a la luz de las lámparas de bolsillo se tumbaron en los petates. Olía mal, pero después de la fatiga del combate, se duerme sobre clavos. Los otros dormían en los otros tres petates que había dispuestos en la cueva. Entraba por el tubo que conducía al refugio una claridad brillante de día de sol, amortiguada por el camino profundo de la escalera, toscamente tallada en la tierra.

Entonces se fijó, guiado por el ruidillo tenue: allí en medio de la habitación, estaba la rata royendo un cacho de pan que sujetaba con sus patas, indiferente a él, hambrienta, ansiosa, moviendo rápida sus mandíbulas que parecían una lima sobre madera. Un bicho asqueroso, grande como un gato pequeño, con un rabo nervino que se agitaba describiendo curvas como punta de látigo.

Había al lado de su cabecera un terrón de tierra. Lo cogió y se lo tiró a la rata. El terrón explotó contra el suelo delante de las narices del animal que dio un respingo de huida, levantó la cabeza y miró retadora al agresor. Bajó lentamente la cabeza y reanudó su tarea de roer el pan, con aquel ruidillo nervioso. Volvió confiadamente a sujetar el mendrugo con sus patas.

Entonces se puso rabioso el hombre: se tiró de la cama y la rata alarmada de aquellos movimientos bruscos dejó de comer y se colocó a la expectativa. El hombretón, un mozo fuerte y curtido por un año de lucha en el campo, se dirigió a ella directamente la dio un puntapié con sus botas altas. La rata salió proyectada contra la pared, sonó su golpe blando sobre la tierra y cayó al suelo, llena de vida y llena de rabia. Se afianzó sobre sus cuatro patas, correteó a uno y otro lado y sin perder de vista al hombre, comenzó a emitir un chillido fino.

El hombre titubeó un momento y blasfemando se lanzó sobre ella. Le falló el segundo puntapié, mientras la rata saltaba ágilmente para colgársele de las suelas. También el animal erró el golpe por la sacudida nerviosa de la pierna agresora. El estruendo despertaba a los compañeros que apenas salidos del sueño contemplaban asombrados el espectáculo.

La rata, rabiosa, chillando y corriendo a lo largo de la pared. El hombre, furioso, irritado, blasfemando, persiguiendo a la rata con la punta de sus zapatos fuertes que la rata mordía en el aire.

La alcanzó por fin. Un solo momento quedó el animal atontado por el golpe, pero fue suficiente.

Las dos botas, rabiosas, ciegas de ira, bailotearon sobre ella, girando su grueso tacón sobre sus sesos, sobre sus costillas, sobre su tripa, sobre su rabo, del que quedó un cacho roto, caído a un lado.

Agotado de excitación se dejó caer el hombre sobre el petate mientras los otros le felicitaban. El pingajo sangriento que era la rata, estaba allí en medio sacudido aún por convulsiones de los últimos rincones de vida que tenía. La miraba estúpidamente renegando en voz baja como ola final de su irritación.

Cuando desvió la vista se encontró con el nuevo visitante. El piojo, otro piojo, tan gordo como su hermano, avanzaba por

su pantalón pausadamente, buscando el rincón donde se hincharía de sangre.

El soldado salió corriendo por la trinchera como un loco.

3. Telón

Carabanchel era un pueblecillo alegre, bañado por el sol de Castilla. Sus rutas se alegraban por las mañanas con los carrillos de los traperos que salían de sus bordes al salir el sol. Con los autos que, rumbo a Sevilla, la bella y perdida hace más de un año, hablaban de lujo y de alegrías. Con los obreros que bajaban a cientos, a miles, a Madrid a ganar su pan. Y con el regreso en las noches. Prolongación de Madrid, en el camino de Carabanchel se encontraban el madrileño castizo, el gitano, el señorito, el comerciante y la última figura literaria. ¿Por qué? No lo sé: tal vez, porque era el camino de Andalucía.

He recorrido esa ruta, de muchacho, en tardes de julio para ir a los toros en su placita pequeña, que por pequeña y graciosa, llamábamos «la chata». La he subido también ahora, en tardes de julio, desierta, llena de ruinas. Para allá van hoy los camiones cargados de españoles que van allí a ocupar un puesto en el frente, al lado de la Plaza de Toros. Vuelven los camiones ambulancias, rápidos, con su carga de heridos. Y no pasa nadie más.

El camino de Carabanchel, era eso: una ruta de luz y alegría.

El camino de Carabanchel, hoy es esto: una ruta de lucha y sangre.

Pero en ella vive la vida; está allí el pueblo. Bromea, se rasca y maldice, pero vive, palpita y ha subido los nueve kilómetros de cuesta derramando sangre.

VII

LAS BOTAS

Seguía el laberinto de la trinchera con un gran cuidado para evitar los charcos diminutos que la humedad formaba en algunos rincones. Miraba al suelo receloso y a sus pies con verdadero deleite. En uno de los recovecos del camino se cruzó con un camarada.

—¿Vas de estreno, Paquillo? —le preguntó, señalando sus botas nuevas relucientes de grasa.

—Chico, tenía unas ganas de ellas… No sé qué ventolera le ha dado ^ comisario que me llama hoy y me dice, muy chulo: «Tú, pruébate un par, aunque a ti te hacen falta unos zepelines y no sé si te servirá alguno de ésos hechos para personas». Bueno, para saltarle al cuello o mentarle a la madre. Si no fuera mirando que todos somos camaradas y que al fin y al cabo tenía las botas… Ya sabes que no me puede ver, pero en esta ocasión se ha portado.

Llevado de su entusiasmo hubiera seguido hablando del tema. Pero su interlocutor tenía prisa y hubo de continuar su camino para salir a la superficie en la esquina de una de aquellas calles limítrofes de Madrid que morían donde nacían las trincheras. Estaba lejos del centro, pero no importaba. En aquel instante era feliz.

Recordaba que una vez, antes de la guerra, compró unas botas de boxcalf, tan blandas que parecían un guante. Tenían un piso de goma que amortiguaba la dureza del suelo contra los callos de las plantas de sus pies. El corte oprimía suavemente sus dedos y sus meñiques estuvieron durante meses libres del martirio de aquellos otros callos diminutos que se habían

asentado en ellos y no había forma de desarraigar. No pudo jamás encontrar botas iguales a aquéllas. Sus pies eran deformes, casi planos. Cuando ya de puro viejas quiso sustituir las botas únicas por otras semejantes, la moda había cambiado. No se llevaba ya la horma norteamericana, sino que se había vuelto a la horma española, estrecha y puntiaguda.

Nunca pudo formarse una idea de lo que era Norteamérica. Pero a través de aquellos zapatos de punta ancha y redonda que le hicieron feliz y de aquellos rumores que corrían por la trinchera, de que el Gobierno Norteamericano enviaba armas y aviones al Gobierno de España, nació en él una corriente de cariño a un país del que sólo sabía que hablaban inglés, tenían casas de cuarenta pisos y había que embarcarse durante días para llegar allí.

Su única preocupación era sus pies y la ametralladora. A ésta última la odiaba. Parecía una maldición, pero era un hecho real: cada vez que había de mover la máquina para trasladarla de sitio, era seguro que una de las patas del trípode vendría a golpear el callo de su pie derecho. Cuando tanteaba en la oscuridad de la noche, en el parapeto, y se sentaba en el sillín para consumir su turno de guardia, más tarde o más temprano, su pie venía a chocar violentamente con una de aquellas malditas patas de acero y precisamente en el callo. Su pie izquierdo era más inteligente o la máquina no le tenía tanta rabia. Pocas veces había chocado con ella. Pero en cambio era un barómetro. La variación más mínima de humedad del ambiente le producía un dolor agudo.

Tenía miedo a los dos: a sus callos y a la máquina. Los tenía miedo conjunta e individualmente. Parecía que se ponían de acuerdo, para martirizarle. Individualmente sus pies comenzaban a hacerle sufrir en los momentos menos esperados. La máquina exigía derroche de valor cuando había que sentarse en el sillín a campo descubierto para disparar. Pero, en fin, el miedo a la máquina era menor que el miedo a los callos. Una

era la guerra, y era cuestión de suerte. Los otros eran unos verdugos que le martirizaban desde niño.

Hoy sus sensaciones eran optimistas. Repasaba todos estos detalles en la memoria, pero ¡andaba tan a gusto! Es verdad que las botas eran grandes, pero esto era lo que él necesitaba, que el pie pudiera moverse libremente. Si acaso, un poco de roce en el talón, que no era nada.

Pasó una tarde espléndida. Recorrió Madrid, tomó café, cerveza, vino, chicoleó con las muchachas que encontró al paso. Visitó a su antigua patrona, pellizcó un pecho a la criada, y se puso de acuerdo con ella para salir juntos el próximo día de permiso.

Y regresó, militarmente puntual. A las ocho entraba de puesto en el parapeto. Tropezó con la máquina, como siempre, pero esta vez la máquina fracasó. Pegó contra el borde ancho y grueso de suela y allí murió el golpe. En su reacción contra aquella mala bestia, se atrevió a darla una patada en el nudo de aquellas malditas tres patas que tanto le habían hecho sufrir.

Se sentó vigilante y comenzaron a transcurrir los minutos tejiendo sombras fuera del parapeto. Entonces comenzaron sus pies a vivir su vida propia. Era una simple sensación de calor; pero esto no era extraño. Había andado mucho. Después fue un picorcillo tenue que subió de intensidad hasta convertirse en dolor agudo como una quemadura. Las botas eran pequeñas para los pies hinchados y calenturientos. Por si era poco, sus talones comenzaban a arder bajo los efectos de sendas rozaduras que hasta ahora no dieron fe de vida.

En la oscuridad, le parecía ver agigantarse sus pies, crecer, subir a lo largo de sus piernas, agarrarse a su estómago, escalar su cabeza. Todo él estaba febril y sudoroso.

A la puerta del refugio asomó el cabo.

—Preparados.

—¿Eh?

—Ya sabes. Cuando el capitán dispare la pistola, saltas con la máquina detrás del árbol —señalaba un árbol negro a diez metros de la trinchera— y cubres a los camaradas.

Quedó tenso, en la noche, esperando la señal. Se descalzaría de buena gana, pero si en aquel momento sonaba el tiro, no podría salir. Esperó impaciente hasta que resonó el disparo.

De la serpiente que formaba la trinchera, surgió otra serpiente humana que avanzó entre disparos y explosiones, gritos y blasfemias. Ya estaba allí al abrigo del árbol, disparando sin cesar. El «Pinta», un camarada de Vallecas, alimentaba la boca insaciable de la máquina.

Paró el fuego. Los camaradas habían llegado a la trinchera enemiga, y entonces comenzó a tirar de sus botas y de sus calcetines, rabiosamente. Sus pies al aire libre de la noche, al contacto de la humedad fría de la hierba, parecían respirar a pleno pulmón. Apoyó el pie derecho sobre la máquina y la sensación helada del acero le produjo un choque brusco, seguido de un bienestar inefable. El «Pinta» dobló la cabeza sobre el pecho y rodó a su lado. Pero fue incapaz de reaccionar ante el camarada muerto. ¡Disfrutaba tan intensamente el consuelo de sus pies libres y helados, afianzados en aquel maldito trípode que ahora era el mejor remedio!

Fracasó el ataque. Volvían los hombres restantes, disparando sin cesar para cubrirse en la retirada. Y él abrió el abanico de su máquina, sus pies bien afianzados en las patas de acero. Disparaba con placer, fundidos todos en un conjunto —la máquina y él, y sus pies con él y la máquina—. Salvó a muchos de la muerte con la cortina intensa de plomo que colocó entre sus hermanos y el enemigo.

Se retiró el último y recibió las felicitaciones del jefe del Sector, muy serio, muy cuadrado, desnudos sus pies, el par de botas en la mano.

En la Ciudad Universitaria, podéis encontrar un miliciano descalzo de pie y pierna, tumbado en su chabola, apoyando sus plantas desnudas sobre los miembros de acero de una Hotchkiss. Sus compañeros creen que está un poco loco. En una repisa de la pared de tierra hay dos botas magníficas. Una guarda una botella de vino, otra unos trozos de pan, un paquete de tabaco, dos botones, un carrete de hilo negro y un peine.

Llevan tanto tiempo allí las botas que a su alrededor crecen unos finos tallos de hierba, que contornean la línea de sus suelas, ancha y gorda.

VIII

SOL

A las siete de la mañana me despierta el sol. Comienza a inundar la habitación y constituye una ducha de luz que obliga a tirarse de la cama. No entra directamente en mi cuarto; pega en el muro de enfrente de la calle y forma allí un espejo que reverbera violento. Molesta casi más que si diera directamente en los ojos.

Mi habitación está en el Hotel Gran Vía de Madrid, y el espejo es la Telefónica: cemento, cristal, piedras pulidas. Cuando abro la ventana, la Telefónica mira desde enfrente con la cara lavada por el sol.

A esta hora se riega Madrid. Existe un grupo de obreros del Ayuntamiento que tiene a su cargo regar la ciudad y barrer sus basuras todos los días. Y siempre es un espectáculo en las mañanas de sol, ver lavar las piedras de la calle. La evaporación provoca un olor fresco de tierra mojada.

Los barrenderos son una de las últimas categorías de obreros madrileños. Barrer una calle o empuñar una manga y dirigir un chorro de agua no se considera oficio muy distinguido. Sin embargo, la plaza es segura, están relativamente bien pagados y era necesario una recomendación eficaz para lograr un puesto. Casi todos están ocupados por gentes de pueblo que fracasaron en Madrid.

Hoy, como ayer, el sol me ha echado de la cama. Y como siempre, he abierto la ventana, cerrada obligatoriamente por la noche, para que no salga la luz al exterior, y he mirado la calle plena de sol. Poca gente en la calle. Está esta zona tan castigada por los obuses que la gente evita el pasar por ella.

Además la hora es temprana y sólo se ven obreros que van a su trabajo, y algunas mujeres que madrugan para coger puesto en la cola.

Frente a mí llegan dos barrenderos. Uno con la manga enrollada al hombro como una serpiente y una llave de hierro para abrir el grifo. Es el ayudante. El otro con categoría social ya, con sus manos libres y unas botas altas de goma. Se paran al lado de la boca de riego, y el ayudante atornilla rápidamente un extremo de la manga en la boca que se abre en la acera. El jefe empuña la boquilla de la manga y dirige el chorro en toda la extensión de la calle. Juega el sol con el cristal del agua y le rompe en colorines.

Me alegra el espectáculo dentro de su simplicidad.

Un silbido, una explosión, una farola deshecha, el primer obús de hoy. El barrendero jefe, deja caer la lanza de la manga y se derrumba blandamente. El ayudante está ileso y mira con ojos desorbitados a su compañero caído. Corren los guardias de la Telefónica y algún transeúnte a coger al herido. Mientras, la manga caída suelta su chorro, brincando bajo la fuerza de la presión del agua, como si tuviera convulsiones.

El ayudante, sale de su estupidez. Recoge la manga, hurtando sus brincos para no mojarse, y sigue regando la calle.

El sol sigue tejiendo colorines en el chorro de agua un poco temblón que cae sobre las piedras con una caricia fresca.

Los obuses siguen estallando en la Gran Vía.

El ayudante acaba de regar, destornilla la manga, se la cuelga al hombro y cincuenta metros más abajo, abre otra boca de riego, atornilla de nuevo la manga y riega. El agua sigue cayendo temblona sobre las piedras.

Los obuses siguen estallando sobre la Gran Vía.

La mancha que dejó el caído, la lavó el compañero. El rojo de la sangre fresca y viva se disolvía con los colorines del sol al

chocar el chorro de agua contra las piedras.
Y hasta mí sube la Gran Vía el olor de la tierra mojada.

IX

JUGUETES

Un bombardeo más, ya no tiene importancia. Pero el bombardeo que he soportado hoy en la Puerta del Sol, me ha tocado algo hondo de mí.

Las raíces tienen origen en mi infancia. Iba yo de la mano de no sé quién. Me quedé mirando la pelotita flotante de colorines. Resistí la tracción de la mano que me conducía, situándome frente al juguete. Era un tubito de hojalata rematado por una espiral de alambre en forma de copa. Al soplar por el tubo, una pelota diminuta flota y gira en el aire cayendo en la copa cuando el soplo se interrumpe. Exigí la entrega inmediata del juguete y me lo compraron. Entonces me fijé en el vendedor. Su visión me hirió la imaginación, y el choque ha perdurado toda mi vida.

Era un niño como yo, en edad. Pero la cara era distinta de todas las caras de niño que conocía: la boca torcida, entreabierta en uno de sus extremos; labios húmedos, mirada inexpresiva. El movimiento lento y torpe de sus brazos y el temblor de su mano al entregarme el juguete y recibir el dinero, me retuvieron frente a él contemplándole con asombro.

Ambos hemos crecido, viviendo ambos nuestra vida: él sin moverse de donde le conocí, pegado a la fachada de una perfumería en la Puerta del Sol, en el trozo de acera que va de la calle Mayor a la calle de Correos. Siempre igual; inmóvil, dejando transcurrir las horas, con un brazado de juguetes baratos en una mano, accionándolos con la otra. Vestía siempre un blusón blanco como de tendero; hacía flotar la pelotita polícroma en el aire, sonaba cornetas diminutas, imitaba el

piar de pájaros con pequeños artilugios metidos en su boca, vendía el mono de trapo que trepa por un hilo. En Reyes, de golpe, su comercio humilde de «camelot» de treinta céntimos adquiría ínfulas de vendedor rico. Era el automóvil mecánico que ponía en marcha sobre el asfalto de la acera; el pájaro que salta y picotea el grano; el aeroplano que no vuela, pero corre y hace girar su hélice. Siempre a su lado había un familiar vigilante. No voceaba; hacía obrar a sus juguetes y se limitaba a pedir en lengua torpe el precio de ellos cuando alguien le preguntaba.

Sigue con su cuerpo y su cara torcidos y sus labios húmedos, indiferente a la vida intensa y vibrante que pasa a su lado en esta Puerta del Sol, centro y corazón de Madrid.

También a él le ha afectado la guerra. Ignoro por qué desapareció la compañía de su lado y las exigencias del negocio, paralelas a la guerra, transformaron la venta de juguetes en la de insignias de todos los partidos, de todas las asociaciones y de todos los grados militares. Están clavadas en una placa de madera forrada de terciopelo morado montada sobre un palo que sostiene con su mano derecha.

Indudablemente, él ignora la guerra y sus cambios. Sigue allí inmóvil e indiferente. Frente a sus ojos inexpresivos se levanta el cascarón de la casa de la esquina de la calle de Preciados que vació una bomba en noviembre de 1936. Pero él no parece verla. En la mano izquierda tiene una pelota de caucho que representa la cara grotesca de un hombre. La boca y los ojos son de caucho más fino, y cuando se oprime la pelota surge una lengua roja, larga, y unos ojos saltones que se hinchan y dilatan por la presión del aire. Parece la cabeza de un ahorcado. El movimiento constante de la lengua y de los ojos, sugestiona a los chicos que se quedan mirando absortos durante minutos los gestos desorbitados del muñeco. Los hombres se detienen y aun se agrupan alrededor de las insignias que sustenta su mano derecha. Los niños se paran y también se agru-

pan alrededor del juguete que sustenta la mano izquierda. En medio está la figura inexpresiva del idiota indiferente a unos y otros. Sólo parece que le anima la idea de que el juguete funcione. Y toda su acción se concentra en abrir y cerrar rítmicamente su mano, multiplicando las gesticulaciones de la cabeza de goma.

Le he visto muchas veces y siempre he pensado porqué seguirá en su puesto. Se han evacuado muchos, mujeres, niños y enfermos; pero el idiota ha seguido pegado a la fachada, cariátide trágica y grotesca.

Hoy le he vuelto a ver. Como siempre, oprimiendo la pelota de goma y con un chiquillo delante que la contemplaba entusiasmado. Al chiquillo le conozco también.

En una calleja, a espaldas de mi oficina, se agrupan los golfillos del barrio, juegan el dinero —perras chicas y alguna que otra perra gorda— haciendo un hoyo en el suelo, en el cual ha de entrar la moneda para que el tirador la gane. Disputan las jugadas, se insultan y a veces acaban a pedradas. Cuando no riñen, suelen tirar las piedras contra algún farol o alguna ventana. La guerra los ha hecho libres, con una libertad salvaje. Los padres trabajan o están en el frente, las madres en las colas. Las escuelas están cerradas en este barrio en guerra, y los nuevos centros están en el interior de la ciudad; los chicos pretextan el peligro para no ir. Pero cuando hay bombardeo, en el callejón se reúne el cónclave y todos acuerdan marcharse a verlo de cerca y recoger cascos de granada todavía calientes. Vuelven después alborozados al amparo del callejón protegido y se disputan la posesión de los trozos de metralla para sus colecciones. Se los cambian y se los venden. El feliz poseedor de una espoleta llegó un día a obtener por ella el pago de una peseta por otro chico, tal vez menos arriesgado, pero más rico. El vendedor explicaba entusiasmado cómo se arrojó a recogerla ardiente del suelo. El comprador mostraba su peseta nueva, dorada, en la mano, como tentación al va-

liente. La espoleta aquella era de un obús de 22,5.

El vendedor de la espoleta aprovechó la admiración de la banda para proponer un bombardeo serio de la casa de la «tía fulana» a quien llamó bruja y beata.

—Cuando bombardearon ayer —proclamaba severo— esa tía fascista se estaba riendo detrás de los visillos. En la casa no la puede ver nadie.

En un montón de escombros próximo, escombros de un obús, se proveyeron de cascotes y desplegados en fila india se llegaron cautelosamente ante una ventana cerrada de un piso bajo de la esquina. Allí en semicírculo, a la voz del capitán, descargaron sus municiones contra la ventana sombría.

El silencio de la calle se llenó de ruido de cristales, de pataleo de chicos corriendo, de voces agudas de mujeres y de abrir de balcones y ventanas de vecinos curiosos.

Y mi capitán estaba hoy, riendo las muecas de la pelota de goma. Reconocí a los dos: al vendedor de juguetes y al cazador de espoletas. Me interesó tanto el chico, que me paré, simulando ver las insignias, en contra de la repulsión instintiva que durante treinta años, me había hecho pasar rápido por delante del paralítico.

El obús cruzó silbando y estalló allá, en el lado opuesto de la Puerta del Sol. La gente se disolvió. En segundos desapareció la muchedumbre que llena siempre la gran plaza, sin prisa, pero empujándose. Nos quedamos solos, el idiota, el chico y yo. Le cogí del brazo y, escoltado por el chico, le conduje a la inmediata calle de Correos, al abrigo de nuevos disparos. Íbamos despacio por el torpe andar del inútil; yo temiendo el próximo obús, él ignorante de todo, oprimiendo rítmicamente su pelota de goma; el chico prendido en el imán de la lengüecita roja que se estiraba y encogía.

En el portal ya, la pelota ha caído al suelo y ha rodado hasta la mitad de la calle. El chico ha saltado ágil hasta ella y ha

vuelto lento, con ansia de poseerla breves momentos.

Deslizo en la mano del idiota un billete pequeño. Se calma su inquietud al contacto y reanuda el rítmico movimiento de su mano. El billete parece una cara grotesca que saca la lengua y mueve los ojos en gesto burlón.

Por un momento, la pelota en la mano del chico, el billete en la mano del tonto se hacen muecas.

Mira alegre el idiota el billete, olvidado de su mercancía perdida y de los obuses que estallan. El chico corre hacia la Puerta del Sol, temiendo le reclame el juguete, olvidando el obús. Yo no puedo olvidar nada.

Y surge ante mí, la niñez: la bola de mil colorines, flotando y girando en el aire.

X

EL SARGENTO ÁNGEL

Uno de los enérgicos tirones de la aguja partió el hilo rojo. Del ojo de la aguja cuelgan dos puntas fláccidas y otros dos han caído sobre la camisa.

—Pues señor, ¿cómo se las arreglarán los sastres para coser?

«Nalguitas», sentado frente a él, comenzó a cantar bajito un fandanguillo minero:

—«Se me rompió la caena
yo le dije al compañero…».

—Sí, señor; la «caena». Fíjate, dijo Ángel, y mostraba el carrete con una etiqueta que decía: «La Cadena. —Trade Mark. 50 yardas»— alrededor de un círculo encerrando una cadena de ancla.

—Bueno —agregó—. Supongo que será lo mismo, coserse el galón que pegarle.

Del macuto extrajo un tubo de pasta para pegar, como un gusano pisado. La boquilla estaba taponada por cristalizaciones amontonadas formando un pedrusco resinoso. Pero a través de la envoltura de estaño chorreaban hilitos pegajosos. Con aquello untó cuidadosamente el reverso de la estrella roja de cinco puntas y la tirita de galón, que servirían para mostrar a los ojos del mundo que Ángel era sargento desde aquel punto y hora. Se endosó la camisa y se contempló orgullosamente las insignias sobre su corazón. Una de las puntas de la estrella y una extremidad del galón ya comenzaban a despegarse. Rá-

pidamente. Ángel puso encima su mano derecha y en esta postura, su mano sobre su corazón, le surgió la idea.

Se metió la guerrera, volvió a colocar su mano en la misma posición, llevó su izquierda atrás, se irguió y le encasquetó a «Nalguitas»:

—Fíjate: Napoleón.

En verdad: bajito y un poco tripudo, con su cara llena rebosando socarronería, su calva luciente y su gesto de orgullo, era una caricatura del Corso. De esta guisa se encaminó a la chabola del capitán.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Hola, «sargento Ángel», le contestó el oficial, recalcando la novedad de los galones, —¿qué hay?

Pues eso, los galones. Y yo he pensado que hay que mojarlos, conque si tú quieres —cambió al tuteo de viejos amigos—, me das un volante y me voy a Madrid.

—Bueno, hombre, te lo daré, pero a ver cómo vienes esta noche.

—Yo, ya sabes que soy muy serio. No bebo. Únicamente si me convidan porque no me gusta despreciar.

Escribía el capitán el pase y Ángel se inclinó hacia él:

—Oye, agrega ahí al «Nalguitas» y así no me aburro. Además el chico lleva más de un mes sin salir de aquí. Y esta tarde nos casamos por lo civil.

Ángel y el «Nalguitas» tomaron el camino de Madrid desde Carabanchel. Frente a la derruida Plaza de Toros de Vista Alegre, el «Nalguitas» irguió su flaca figura y citó a un toro imaginario, para poner un par de banderillas en el vacío.

—¡Eh, toro!, y tras unos saltitos sobre los pies, se arrancó en una carrera en línea sesgada, para detenerse y quebrar los brazos estirados, el cuerpo rígido, y rematar la suerte en un

violento descenso de las manos que figuraban llevar los rehiletes.

—¡Olé! —comentó Ángel—. Ni Joselito las ponía así.

—Y que lo digas. Soy muy grande. El día que se acabe esto, me vas a ver con más billetes que Romanones antes de la guerra. Y a ti te hago mi apoderado, tú que entiendes de números.

El «Nalguitas» era un torerillo en ciernes cuando estalló la guerra. Había toreado en los pueblos y sabía de viajar en los topes del tren y mantenerse de los racimos de uvas y de los melones cogidos al borde de las carreteras. Sabía de los palos de los guardias. Y una vez un toro tocado ya cien veces en fiestas pueblerinas, le había roto la carne y le había depositado en el Hospital General dos meses. Tenía una nalga corcusida y su manía de enseñar la «gloriosa» cicatriz a todo el mundo, había hecho que algunos guasones le llamaran «culo al aire». Pero al final, el apodo cristalizó en «Nalguitas» y con él se quedó. Le gustaba y soñaba con verse en grandes letras rojas, en los carteles de la puerta de la Plaza de Toros de Madrid.

Iba contando a Ángel por enésima vez:

—Ese día, el día que yo toree en Madrid, salgo en hombros o en camilla.

—Eso, si no te sacude antes aquí un morterazo que te hace polvo —comentó Ángel.

Habían atravesado la zona destruida y llegaban a las primeras casas habitadas. Gentes miserables aferradas a las casuchas limítrofes al río Manzanares, que no abandonaban su hogar a pesar de que caían diariamente los obuses y las balas perdidas.

—¿Tú, no habrás oído misa, verdad? Pues, mira: allí hay una «ermita».

Cruzaron y entraron juntos en un tabernucho humilde.

—Tú, danos gasolina para la cuesta.

Se bebieron dos vasos de «matarratas», un aguardiente infernal, que su única buena calidad era la cantidad de agua que le habían agregado. Y se enfrentaron con la cuesta empinada de la calle de Toledo. Iban directamente a casa de Ángel; el sargento quería mudarse. La calle de Jesús y María, en Madrid, es una calle viejísima que arranca de la Plaza del Progreso. Las dos primeras casas, que hacen esquina, se sienten pertenecientes al centro de Madrid y sus portales se abren a la plaza; sus inquilinos son «señores». Los números siguientes son casas de vecindario muy viejas en las cuales viven pequeños comerciantes, empleados y obreros calificados. Hasta allí la calle está empedrada de bloques de pórfido formando cuadros regulares. Pero, de la mitad abajo, cambia bruscamente; el empedrado es de canto rodado, agudo, que se clava en los pies. Las casas cuentan dos y trescientos años y son pequeñas, sucias, destartaladas, con alguna ventana raquítica y algún balcón más moderno colgado a su fachada como un pegote. En estas casas pululan prostitutas de las más bajas y los cincuenta metros escasos de calle que constituyen esta zona, son un mercado permanente.

Las mujeres se ofrecen en el quicio de las puertas y paseando el reducido trozo de calle. Acuden a este zoco de carne humana los mercaderes más heterogéneos: soldados de cara pueblerina, viejos rijosos, borrachos y chulos pobres que van a la caza de las menguadas pesetas de la venta y a ver si por casualidad cae un «payo» que lleve billetes. Hay broncas día y noche. La única autoridad respetada es el sereno, un gallego elefantino que no atiende a razones, sino que simplemente pone en función su estaca de tres dedos de grueso. Cuando hay bronca, exclama desde el lejano extremo de la calle: «¡Voy!» y echa a andar con paso lento, arrancando chispitas de luz a las piedras con la contera del garrote. Cuando llega,

la riña se ha diluido en las sombras.

Dos o tres de estas viejas casas, están ocupadas por obreros humildes. Los dueños no quisieron alquilarlas para prostíbulos y los inquilinos encontraron la ventaja del precio, reducido por la vecindad indeseable. En una de estas casas vive Ángel.

Al fondo del portal está el cuarto, que es una vivienda cuadrada a nivel de la calle, dividida en cuatro habitaciones, cuya única ventilación es una ventana abierta al patio de la casa, un patio infecto y húmedo. La casa, abandonada hace meses, está fría y el olor del moho se expande por las mezquinas piezas. Ángel comienza a desnudarse rápidamente y a endosarse en lugar del uniforme sucio de la trinchera un terno oscuro cuidadosamente conservado para estas ocasiones. El «Nalguitas», le mira envidiosamente. No es que Ángel parezca un señorito, —más bien un tendero en traje de domingo— sino que «Nalguitas» piensa que no tiene más ropa que lo puesto, ni más casa que la trinchera; y esto siempre da un poco de envidia y de amargura.

—¡Eh! ¿Qué te parece? Todavía se puede presumir. Vas tú a ver cómo nos divertimos hoy. Hay «chatarra» y humor. —Y contemplándose en el espejo, con su calva y su tripa, agrega risueño:

—No te amusties, hombre. Fíjate, parezco tu padre. Hoy seré yo el papá que viene a ver al chico, que está en el frente y nos vamos a buscar dos gachís, una para papá y otra para el niño.

—Si sirve una servidora para papá, me adhiero.

Por la puerta entreabierta asoma una mujer ya madura, frescachona y fuerte, que extiende una risa amplia tras la pregunta. Cuello robusto, pechos exuberantes y grupa ancha y carnosa; los brazos redondos, pero demasiado gruesos, rematados por manos algo hombrunas.

—¡Anda, mi capricho!; pasa chica… A sus órdenes, mi co-

mandante. Aquí el «Nalguitas», mi hijo. Y menda, el sargento Ángel García.

—Con las ganas que tenía de pescarte ladrón —dice la mujer, echándole los brazos al cuello y besándole ruidosamente. Volviéndose rápida al «Nalguitas»:

—No te estés con esta cara de *pasmao*. ¿Te ha dado envidia? Pues no te apures tú, hijito, que yo te buscaré una chavala de ésas de olé y verás, qué vamos a liar hoy, papá, mamá y los hijitos.

—Andando —dice Ángel—. ¿Se olvida algo?

Ya todos fuera, con la mano en la llave de la puerta, lanza una ojeada al interior del cuarto. Se queda suspenso. Allí, enfrente, mirándole con sus ojos abiertos, está el retrato de Lucila. Del estómago le sube un nudo a la garganta.

—Pero, chico, ¿es que te ha dado un aire? —La Rosa ha vuelto desde la puerta del portal.

—Ya voy. Es que se me olvidaba una cosa. —Y Ángel cierra ruidosamente, haciendo girar con ira la llave en la cerradura.

En la calle, la Rosa desarrolla el plan del día.

—Lo primerito que vamos a hacer es irnos ahí, al Progreso, y tomaremos unas cañas. Hoy es día de cerveza. Vosotros me esperáis un momento que vaya yo a avisar a mi amiguita para éste. Luego nos vamos a comer a un sitio que yo me sé, y después se va cada uno con su cada una a dormir la siesta o lo que pida el cuerpo. Porque lo que es yo —dice mirando gachonamente a Ángel— no la pienso dormir ni le voy a dejar a este ladrón, que tiene una deuda con una servidora hace, pero que muchos meses.

Se ha agarrado al brazo de Ángel con toda una fuerza de posesión y anda garbosa contorneando sus robusteces. Un chulín tiene que echarse fuera de la acera para dejar a Rosa. La contempla de espalda y comenta:

—¡Y luego dicen que Madrid está sin carne!

El café es un pasillo al largo del cual está el mostrador. Al fondo desemboca en un patio cubierto de cristales, en el cual se sienta una concurrencia ruidosa. En la mesita estrecha de mármol falsificado se han completado las dos parejas. El «Nalguitas» ha recibido el don de una muchacha alegre, desgarrada en su charla y bastante bien formada, sobre la cual el torerillo vuelca el ansia de su abstinencia de la trinchera. Comienza a contarla sus sueños de astro taurino y a la vez deja accionar las manos bajo el mármol. La Rosa suelta el chorro de su verborrea sobre Ángel, recostada sobre él, en roce sus carnes con el cuerpo del hombre que la escucha distraído, bebiendo caña tras caña. Tiene una mano colocada sobre uno de los rotundos muslos; pero esta mano está inmóvil.

Se le ha metido en el cerebro el retrato de Lucila con su triste mirada de reproche y no puede echarle de allí. Bajo su mano inactiva siente vibrar la carne de Rosa —¡maldita sea!… Ella, su mujercita, salió de Madrid el 6 de julio para ir a la boda de su hermana allá en un pueblecito de la provincia de Burgos —en territorio rebelde— y nunca más ha vuelto a saber de ella. La Rosa le gusta, y sobre todo tiene hambre de mujer después de aquellos meses en los que no se ha decidido a faltar al recuerdo, aunque las ganas han apretado a veces. Que le dejen de mujeres. Él quiere a su mujer, la suya. Y sobre todo saber si está viva o muerta. Por otro lado, no puede quedar mal con esta mujer que se le ofrece tan ampliamente y que sabe está encaprichada de él hace mucho tiempo. Tiene la boca seca y apura otro vaso casi maquinalmente. La cerveza cuanto más se bebe más sed da.

—Pero bueno; ¿es que te han dado cañazo? Porque parece que estás *atontao* —exclama la Rosa—. ¡Ea!, no se bebe más cerveza. Además, que la cerveza tiene sus efectos que yo me sé y quiero que esta tarde quedes como un hombrecito.

Su mirada en una huida de la Rosa se clava al suelo. Lenta-

mente se va infiltrando en su consciencia lo que ocurre bajo el tablero de la mesa: los pies del «Nalguitas» en su deambular bajo la mesa, buscando el contacto con los de la suya, han encontrado un pie de la Rosa. Los zapatos de la trinchera le aprisionan cariñosamente, y Rosa, claro, deja hacer, creyendo que es él, Ángel. Le divierte el error y abre la boca para bromear sobre ello. Pero la idea luminosa cruza su cerebro. Allí está la ocasión de quitarse a Rosa de encima:

Ángel se levanta airado:

—Pero bueno; ¿os habéis creído que yo soy un idiota? —dice, encarándose con la Rosa y el «Nalguitas», que abre los ojos de asombro—. Si os gustáis, os vais a la cama y en paz. Porque yo no estoy dispuesto a hacer el cornudo. Claro es —le escupe rabiosamente a la Rosa— que a ti siempre te han *tirao* más los chulines como ése que las personas decentes.

El «Nalguitas» se levanta a su vez pálido y un poco convulso el labio inferior.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo nada. Que no me chupo el dedo. Esta, mucha coba fina, y tú sobándola los pies bajo la mesa y mirándola las tetas que pareces un cabrito hambriento.

—¿Eso de cabrito no será indirecta?

—Ni indirecta ni na. Ahí os quedáis y que se diviertan mucho, la mamá y el niño, que al sargento Ángel, lo que le sobran son mujeres.

Sale muy erguido del café, sin volver la cabeza. Allí queda la Rosa mirando al «Nalguitas» sombríamente.

—¿De manera que eres tú el que me estaba parcheando? Y yo me he creído que era él. ¡Mira la mosquita muerta! Pero a la Rosa ningún flamenco la estropea un día.

Y la cara del pobre «Nalguitas» se convierte de pálida en roja bajo una estruendosa bofetada. Estalla la bronca entre los tres

y los regocijados espectadores tienen que hacer esfuerzos desesperados para separarlos. Toda la ira de Rosa ha volcado sobre «Nalguitas» que no vuelve de su asombro y sólo sabe exclamar.

—¡Mi madre, la que hemos *armao*!

Ángel va solo por la calle, monologueando y sonriéndose al recuerdo de la estratagema para escapar. En cuanto a la protesta del sexo chasqueado, él sabe cómo acallarle. Unos cuantos vasos de vino y en paz. Este remedio ya lo ha empleado otras veces. Y fiel a su principio, penetra en la primera taberna…

A media tarde se presenta un sargento Ángel, que no es ni Ángel ni sargento, en el despacho de don Rafael. Tiene una borrachera que le hace la lengua estropajosa, y anda como si estuviera sobre la cubierta de un barco. Don Rafael es un amigo íntimo, el único en quien Ángel tiene confianza. Ocupa un cargo oficial y a través de este cargo ha intentado obtener noticias de la mujer de Ángel, vía París. Siempre que Ángel baja a Madrid con permiso, visita a don Rafael con la esperanza vaga de una buena nueva.

—A sus órdenes. Aquí se presenta el sargento Ángel; Angelillo, el de «Jesús y María». ¡Sí, señor! Muy hombre y muy macho. El que diga lo contrario, miente. Y si no me he querido acostar con la Rosa, es porque no me ha *dao* la gana. Que se acueste con su padre. Mi cuerpecito, este cuerpecito para la mía. Para mi Lucila cuando vuelva. Y se acabó. ¿Se debe algo?

—Nada, hombre, nada.

—¡Ah! Bueno, creía. Total porque yo esté un poquito bebido no creo que sea para tanto. La culpa la tienen las mujeres.

—Pero bueno, hombre, ¿cómo te has emborrachado así?

—A usted se puede contar todo. Verá usted. Ayer me hicieron sargento. Sí señor, sargento a Angelito. Con que esta ma-

ñana le digo al capitán: tu, dame un vale que me voy a Madrid, que me pide el cuerpo juerga. Llego a casa, me mudo y va y entra una gachí vecina, que para qué le voy a contar a usted, una tía de una vez; para hincharse. La gusto yo hace un rato largo y viene y me dice: tú y yo, hoy, matrimonio. ¡Maldita sea! Todos tan contentos, voy a cerrar la puerta de casa, y me encuentro a Lucila que me está mirando desde el retrato aquel del comedor, con unos ojos muy tristes, así como diciéndome: ¿Ya no te acuerdas de mí?

»Total que se me ha puesto negro el día. Me he desembarazado de mi vecina como he podido. Ha tenido gracia, ¡sabe! Y después, pues a dar vueltas por Madrid con el humor muy negro y las tabernas abiertas. Lo que pasa. ¿Qué hace un hombre solo sin tener nada que hacer en todo el día y pensando en la suya, que vaya usted a saber dónde estará? Pues que he bebido un poquito más de la cuenta.

Don Rafael saca solemnemente una carta del cajón de su mesa y la coloca bajo los ojos de Ángel. El borracho se lee el plieguecillo de un tirón y rompe a llorar; silenciosamente primero, con hipos y con sollozos después. Don Rafael le deja y prepara una taza de café puro en una maquinilla eléctrica. La pone delante del hombre y éste la lleva a la boca inconscientemente. Se abrasa las entrañas y la quemadura le hace reaccionar. Los ojos llorosos, la cara, mitad risa, mitad llanto, endereza la cabeza:

—¡Podía usted decir que el café era exprés!

Con las sombras de la tarde, el sargento Ángel sube la cuesta empinada de la carretera de Carabanchel, la primera carta de su Lucila en el bolsillo. Sube cantando a voz en gritos:

«Te quiero porque te quiero

y porque me da la gana,

porque me sale de dentro

de los reaños del alma».

En la trinchera encuentra al «Nalguitas» que tiene el aspecto de un gato rabioso; Ángel, feliz, le golpea alegremente las espaldas:

—Qué, chico, ¿cómo acabó aquello?

—¿Qué cómo acabó? ¡Tu madre! ¿Y me lo preguntas? La bofetada que me ha largado a mí la Rosa, no te la perdono. Porque has de saber tú que yo no me he metido con ella. —Agriamente relató la trifulca en el bar. Ángel escuchaba muy serio y cuando acabó la historia el «Nalguitas», le cogió del brazo y le dijo: «¡Vente!».

Le condujo a la chabola que era su habitación en la trinchera, y allí, frente a frente los dos hombres, iluminados por una vela humeante, el sargento Ángel se puso serio, muy serio, y dijo al «Nalguitas»:

—Cuádrese.

El «Nalguitas», asustado, se puso en actitud de firmes y respondió con las palabras de ritual:

—A sus órdenes, mi sargento.

—¿Usted sabe que a los superiores se les debe obediencia absoluta?

—Sí, señor.

—Pues bien, ahora mismo le va usted a pegar una bofetada al sargento Ángel García. ¡Pero fuerte!

Y en paz.

Fuera, sonaban intermitentes los disparos. Ángel, del brazo del «Nalguitas», contempló la trinchera enemiga filosóficamente:

—Si esto se arreglara también a bofetadas…

XI

LAS MANOS

Brunete ha adquirido de golpe un renombre en Madrid, en España y en el mundo. Nunca fue nada importante Brunete, y ahora menos porque sólo es ya un montón de ruinas. Raro destino el de este pueblo. Vivo, era desconocido. Destruido, se ha incorporado a la historia de España. Queda de él sólo su laguna, un charco sucio, y un grupo de casas de adobes deshechas.

Tres veces tomado, tres veces perdido. Doscientos aviones sobre él en el aire, día y de noche. Cientos de cañones vomitando metralla sobre él día y noche. Millones de balas cruzando y cayendo sobre él, de día y de noche. Muertos y muertos y muertos en sus calles de polvo, en sus casas de barro, en sus campos quemados del sol.

Caían las bombas sobre Madrid y la gente medía la intensidad de los bombardeos como señal de victoria. Seguía su vida y se resignaba a su muerte que podía llegar en cualquier momento silbando por el aire.

Y en la calle de Alcalá se arremolinaba alrededor de unos camiones, abiertos y cargados de gente. De pobre gente de ojos bovinos, sin afeitar, negros de mugre, arracimados de pie en las plataformas. Prisioneros de guerra. Acababan de llegar de los campos de Brunete y esperaban ante el Ministerio de la Guerra que se organizara su entrada.

Rodeaba la gente los coches y los miraba como a bichos raros. Se preguntaban unos a otros los transeúntes: ¿Son éstos los que iban a conquistar Madrid?

Se reían y lanzaban al grupo de hombres temerosos pullas

sangrientas. Los prisioneros callaban. Podía en ellos el miedo de verse linchados por la multitud. ¡Les habían contado tantas cosas! Pero, dentro de la actitud del insulto, el madrileño prendía aquí y allá la chispa del diálogo. Un prisionero audaz pidió un pitillo. Entonces surgieron los pitillos tan escasos en Madrid y treparon por todos los lados del camión. Se había roto el hielo.

Una comadre descarada se encaró con los prisioneros:

—Pero bueno, ¿vosotros sois fascistas?

Hubo un silencio de miedo. A empujones desde el centro del camión un hombre se abrió paso entre sus compañeros. Se inclinó sobre el borde, la camisa rota, el pecho peludo, la cara tostada por todos los soles. Se golpeó el pecho furioso:

—¿Yo? ¿Fascista, yo?

Extendió dos manos rugosas y nudosas como raíces. Negras, sucias, deformadas por los sabañones de niño y por callos de hombre. Las metió materialmente dentro de los ojos de la mujer, y aulló:

—¡Mira mis manos! He trabajado y me he muerto de hambre. Puedo aún trabajar.

Y entonces los bordes del camión han comenzado a llenarse de manos tímidas, sucias, grandes, con arrugas, con tendones, con callos, puercas, manos duras y fuertes de trabajo.

Se hizo un segundo silencio. Se pusieron en marcha los camiones. Penetraron uno a uno bajo las arcadas del Ministerio.

Les hizo escolta la multitud hasta la puerta, en silencio.

XII

LA MOSCA

Una pared de sacos terreros densa y sucia. Ha llovido ya muchas veces sobre el parapeto y la humedad ha chorreado mugre que ha cristalizado en manchones a lo largo. En la pared, un agujero, escasamente diez centímetros de ancho por veinte de alto; allí asoma constantemente la boca de un fusil.

Está de tal manera orientado el agujero que el sol penetra durante algún tiempo a través de él y dibuja en la pared de enfrente de la trinchera un rectángulo de luz viva. Parece el objetivo de una máquina fotográfica. Agrandado por la distancia del foco, forma una pequeña explanada luminosa donde se pasean las moscas. Viene una, revolotea y se para a recibir el baño de solí. Recorre el perímetro, se lava la cabeza con sus patas delanteras, se alisa las alas, da una carrerita, levanta el vuelo y vuelve.

Pedro es un patán y un soldado de la República. Le arrastró la ola de entusiasmo del 18 de julio. En su cerebro no hay complejidades políticas. No entiende de esto. Siente la causa, sintió aquel día el latir de la multitud y se marchó a la Casa del Pueblo. Desde entonces está en primera línea. No quiere saber nada de nada. Su única idea, la idea fija, es matar fascistas, más aún desde que supo que su casita del Puente de la Princesa era un montón de escombros. Su gramófono y sus discos de Angelillo y del Pena. La máquina de coser de su compañera. Ambas cosas las había pagado a plazos. Semana tras semana pagó. Llegó una huelga (él era carpintero) y para no perder sus dos compras recurrió al dueño de la casa de préstamos vecina que le conocía hacía años y que le garantizó para que le esperaran.

Su compañera está en un pueblecito de Valencia. Él, en la trinchera. Él, sin gramófono (con lo que le gustaba el flamenco), y ella, sin máquina.

Una idea fija: matar fascistas.

Todo lo demás lo amaba. Lo amaba sanamente, como aquel San Francisco de Asís —que él no conocía— que llamaba hermanos al lobo, al pájaro y a la piedra.

Pedro contemplaba muchas veces la mosca solitaria que revoloteaba en el rectángulo de luz que producía el sol al pasar por la tronera. Nunca la espantó. Como entretenimiento, alguna vez, pasó su dedo untado en azúcar por el trozo de pared iluminado para que la mosca pudiera chupetear con su trompa el dulzor y no perdiera la querencia. En las largas horas de tedio feroz de los días de calma del frente, la mosca era para él un consuelo y una diversión. Si hubiera podido comunicarla sus ideas rudimentarias, la hubiera cogido cuidadosamente entre sus dedos y la hubiera acariciado.

Recordaba que una vez cayó en su plato de sopa una mosca. ¡Qué asco! No comió la sopa. Se puso de mala leche. Pero aquella mosca era distinta. La consideraba incapaz de meterse en el plato de sopa que le llevaban todos los días. Era una mosca alegre que amaba el sol y el dulzor del azúcar que Pedro untaba cuidadosamente.

Cantan las balas su silbido siniestro en el aire. Canto de todas las horas del día y de la noche que llega a ser tan habitual que nadie hace caso. Las explosivas estallan y dan un grito, porque no suenan a explosión sino a rotura, a alarido. Parece que el primer miembro roto es el de la bala, no el tocado por ella.

He encontrado a Pedro detrás del parapeto indiferente y mudo, con un rictus salvaje en su cara. Las mandíbulas apretadas, la mirada hosca.

—¿Qué te pasa?

No quiere contestarme. Y a mis apremios, me dice casi llo-

rando:

—Si te lo cuento te ríes y de esto no dejo reírse a nadie, ni a mi padre —afirma enérgico.

—Pero ¿qué te pasa, hombre?

Un silencio y al cabo de él, yergue la cabeza y me dice:

—Mira, tú puedes reírte, pero esto para mí es serio, muy serio. Esos cabrones han matado la mosca.

—¿La mosca? —interrogó estupefacto.

Y entonces, a trozos, entrecortada la voz, me cuenta esta historia del cuadrito de sol, del unte de azúcar y de la mosca, tan diminuta y tan humana que un día de abril, recibió un balazo certero que la aplastó contra el muro.

Me enseña la bala abollada contra la pared que tiene una mancha diminuta en su punta.

—¿Ves esto?, es lo que queda de mi mosca.

Engarfia el fusil y dispara contra la trinchera de enfrente. ¿Contra quién? ¡Si su voluntad pudiera dirigir la bala contra el que asesinó a la mosca!

—Daría por saberlo mi mano derecha.

Cruza los dedos de sus manos y rabiosamente los besa.

—¡Por éstas que son cruces!

XIII

EN LA SIERRA

Esto fue en el primer otoño de la guerra.

El muchacho —veinte años— era teniente; el padre soldado, por no abandonar al hijo. En la Sierra dieron al hijo un balazo y el padre le cogió a hombros. Le dieron un balazo de muerte. El padre ya no podía correr y se sentó con su carga al lado.

—Me muero, padre, me muero.

El padre le miró tranquilamente la herida mientras el enemigo se acercaba. Sacó la pistola y le mató.

A la mañana siguiente, fue a la cabeza de una descubierta y recobró el cadáver del hijo abandonado en mitad de las peñas. Lo condujo a la posición. Le envolvieron en una bandera tricolor y le enterraron.

Asistió el padre al entierro. Tenía la cabeza descubierta mientras tapaban al hijo con la tierra aterronada, dura de hielo. La cabeza era calva, brillante, con un cerquillo de pelos canos alrededor. Con la misma pistola hizo saltar la tapadera brillante de la calva.

Quedó el cerquillo de pelo gris rodeando un agujero horrible de sangre y sesos.

Le enterraron al lado del hijo.

El frío de la Sierra hacía llorar a los hombres.

XIV

LOS CHICHONES

—Tú, chico, repite la ronda.

El muchacho comenzó a manipular con los vasos. Los sumergió en el lebrillo de agua y los agitó violentamente. Los colocó después bajo el chorro del grifo. Sacudió las gotas que habían quedado en los fondos y los alineó en el mostrador de zinc. Los llenó rápidamente y dispuestos en rueda en una bandeja, compareció ante el corro de contertulios.

Cada vez que uno de ellos cogía un vaso, el chico repetía automáticamente:

—De parte del señor Paco.

El señor Paco, como decía el chico, Paco a secas, como le llamaban todos, era un antiguo parroquiano. Carpintero en junio de 1936, Capitán del Ejército español en 1937, por arte de la sublevación fascista y de sus ideas socialistas. Hombre va maduro. De la quinta de 19^4 como él decía. Contaba al grupo de amigos sus andanzas por la Sierra.

—… Resultaba una cosa cómica. Cuando salíamos de reconocimiento no podíamos guisar, para que no nos vieran el humo y nos llevábamos unas latas de sardinas y de carne de ésa de Chicago. Con el frío que hacía, se helaba la grasa y cuando abrías una lata te encontrabas dentro un *mantecao*. Te parecía que te estabas comiendo un cacho de nieve de la Sierra. Cuando acababas de comer, te encontrabas más fresco que una lechuga. Las tripas frías, los pies metidos en el charco de las botas y un airecillo que se helaba el aliento. Entonces no había capotes. A veces nos poníamos a correr y a darnos puñetazos como los chicos y entrábamos en calor. Pero,

cuando teníamos que estar detrás de una piedra dos o tres horas sin movernos, era algo horrible. Lo más curioso es que se me ha quitado el reúma y no he tenido un mal catarro en todo el invierno.

De la puertecilla del fondo, surgió Serafín. Se había estado afeitando dentro.

—Salud, señores, buenos días.

—Ya es hora que te levantes. Si tardas un poco más te se hace de noche.

—A ver si te crees tú que salgo de la cama ahora.

Se puso a comprobar la registradora, calculando la venta de la mañana y se quedó detrás del mostrador despachando. Revisó de una ojeada el local, para ver si todo estaba en orden y limpio.

Entró una muchachita de luto, guapilla, rubia. La saludaron todos cariñosamente. Serafín descendió de la tarima del mostrador y le besó en la frente:

—¿Qué quieres, hijita?

—Dame dinero para traer carne. Ángel me ha avisado y quiero ir antes de que se forme la cola.

Serafín, un mocetón de treinta años, se quedó mirando embobado la marcha de su hermanilla, «la pequeña». Ya no le quedaba más que ésta y otra por casar. Entonces se sentiría más libre y dejaría de ser padre de familia, que ya tenía ganas.

El padre de Serafín —el señor Fernando—, fue dependiente treinta años en una taberna de Madrid. Ahorró, se casó y a su vez montó esta tabernita, ayudado por su antiguo amo. Tuvo cuatro chicas y un solo chico: Serafín. La taberna daba para comer todos. Él entendía el vino y era hombre serio. Algunas veces había que ponerse serio y tener la mano dura. La taberna está situada en uno de los barrios bajos de Madrid y su parroquia era un poco heterogénea. Concurrían obreros en

abundancia, chulines de las golfas de la barriada y algunos carteristas y timadores. Pero él no toleraba jaleos y en veinte años se hizo una reputación de hombre honrado, siempre dispuesto a un favor y a quien todos querían.

Murió cuando Serafín era casi un niño. El chico hizo frente a la vida valientemente. Conocía el negocio y tenía que sacar adelante a su madre y a sus hermanas todas chicas. Los parroquianos se juramentaron para ayudarles. Aumentaron sus visitas y su ración de vino diaria. El que pretendía armar bronca, los mismos clientes le echaban a patadas sin ninguna consideración. La clientela defendía la integridad del hogar. Muchos clientes carecían de él.

Cuando estalló la guerra, como el barrio es proletario, todos se fueron al frente. Ahora, la taberna parece un cuerpo de guardia. Cada permiso los lleva allí, se abrazan en la alegría de encontrarse los amigos de siempre y se cuentan sus aventuras. A veces se ponen serios:

—Sabes, a Fulano, lo mataron.

Se callan un ratito, piden un vaso de vino y vuelven a tejer sus historias de guerra. Todos convidan a Serafín, y Serafín se acuesta un poquito borracho muchas noches.

Hoy está melancólico. Se palpa de vez en cuando la frente donde exhibe tres bultos rojizos, tres chichones, colocados asimétricamente.

—¿Qué te pasa; te has caído?

—No, me he dado un golpe.

—Pues mira, has *rebotao* tres veces.

Urbano, el dueño de la casa de préstamos de enfrente se echó a reír.

—Bueno, hombre, ya está bien.

—No le hagáis caso. Esos chichones son de los obuses.

Bajó la voz y comenzó a narrar al grupo de bebedores algo que provocaba su risa de vez en cuando. Serafín los contemplaba malhumorado. Levantó la voz el narrador:

—Venid a casa y lo veréis.

El grupo cruzó la calle y penetró en la tienda de compra y venta.

El escaparate pequeño carecía de cristales por los bombardeos. El grande estaba lleno de maletas de cartón. Dentro, un mostrador grande, en ángulo, llenaba la tienda. Una parte del mostrador estaba cortada formando dos vitrinas. Había joyas baratas, unos cubiertos, un estuche de dibujo, objetivos fotográficos, broches y gemelos de camisa, un abanico de nácar. En las paredes prendían unos mantones de Manila, dos o tres relojes de comedor parados y una bandeja de porcelana decorada con un paisaje chillón. Al fondo un estante conteniendo paquetes de prendas empeñadas.

Pasaron a la trastienda y descendieron por la escalerilla empinada.

Abajo, la cueva tan grande como la tienda, se dividía en dos habitaciones. Constituía el almacén donde se guardaban los empeños. Para que no se estropearan las ropas, el piso estaba entarimado y las paredes forradas de cemento que no dejaba pasar la humedad. Quedó vacía en los primeros días del movimiento, cuando la gente formó cola en la puerta pidiendo la devolución de sus prendas. Quedaron sólo dos bicicletas colgadas allá en el techo, como dos esqueletos antediluvianos, llenos de polvo.

La habitación del fondo, tenía adosadas a sus paredes dos hileras de anaqueles en madera, anchos de un metro y separados en más de medio, formando a modo de literas de un barco. Allí se guardaban los colchones de los que tenían que sacrificar la comodidad del sueño a las exigencias del estómago. En cada tablero había extendido un colchón cubierto con

sábanas y mantas, formando un conjunto de camas, con huellas aún de haber dormido en ellas.

Urbano tomó la palabra.

—Fijaros: Serafín duerme ahí. Los dos chicos, aquí. Encima, mi hermano. El perro, aquí debajo. Yo me he traído mi cama —y señalaba una cama de hierro en medio de la habitación— por comodidad y, además, porque me gusta leer por las noches. Cuando me canso, doy media vuelta a la bombilla y a dormir.

—Pero, bueno, ¿las mujeres dónde duermen?

—Las damas tienen alcoba aparte. Hemos hecho una incautación. La tienda de al lado, ya sabéis que está vacía. Tiene una cueva más pequeña pero tan buena como ésta, y veréis lo que hemos hecho.

Avanzó hacia una de las paredes laterales y levantó una cortina de brocado antiguo que mostraba un cazador y su perro. Debajo había un agujero hecho a golpes de pico en el muro. Un agujero negro que parecía dar a la alcantarilla. Asomaron las cabezas y no vieron nada.

—Esperad un poco.

Lanzó dentro el dardo de una lámpara de bolsillo y el círculo luminoso se paseó por una habitación cuadrada. Fue cayendo, uno tras otros sobre los cuatro lechos. Urbano recitaba:

—Allí, mi madre. Allí, la de Serafín. Las chicas, en aquellas dos.

Apagó la lámpara y las tinieblas, volvieron a tapar la alcoba. Se perdió la visión momentánea de algunas prendas íntimas de mujer que desnudó la luz en su paseo por el cuarto.

—Se echa la cortina y todos estamos juntos y separados, por si ocurre algo. Como el casero está en la cárcel, no hay lugar a reclamaciones. Bueno, ahora os voy a contar la historia de los chichones de Serafín: Anoche, nos vinimos a acostar. Se-

rafín se metió en la cama y a los cinco minutos roncaba como un fuelle. Pero le tiene un pánico loco a los obuses. Yo me quedé leyendo y allá a la una o cosa así, pasa un camión por la calle y baila toda la casa. Se vuelve en la cama, levanta los brazos y dice: «Ya están ahí; los aviones; a la cueva corriendo». Se incorpora de golpe y se da un trastazo en la pelota. Se despierta entonces, y me dice: «¿Has oído, Urbano?». Le digo: «Sí, pero no te has roto nada». Se volvió del otro lado renegando y se durmió otra vez. Allá a las tres, ¡pum!, otro trastazo. Me despierto y me lo encuentro tocándose la frente y preguntándome ansioso: «Hay bombardeo, ¿verdad?». Le digo: «Qué bombardeo, ni qué narices. Lo que hay es miedo, y mañana, chichones». Así, hasta por la mañana. Estaba comenzando a vestirse y entonces empieza de verdad el bombardeo. Se mete los pantalones muy de prisa y me dice: «Me voy a coger a mi madre y a las chicas que están en la cola». Sale corriendo por la escalera y cuando llega arriba, con la prisa se sacude otro trastazo con el borde de la cueva. Salió de aquí como un toro huido.

—No, si Serafín es un valiente —comenta irónico uno. Hombre, te diré —responde Urbano—. Tiene miedo cuando está dormido, pero cuando está despierto se lo aguanta. Y a esto sí lo llamo yo ser un valiente.

Volvieron a la taberna un poco avergonzados de sí mismos. La situación embarazosa la rompió Paco:

—Danos de beber, Serafín. Y toma lo que tú quieras.

La cara malhumorada de Serafín comenzó a distenderse de satisfacción.

Con el vaso en alto, la otra mano sobre la frente exclama:

—¡Salud, camaradas!

Levantan todos el puño. Paco exclama:

—¡Salud y chichones!

XV

REFUGIO

Era la cueva de una taberna habilitada para refugio. Se veían en los rincones barriles mohosos montados sobre banquillos de madera tapizados de telarañas. Adosado a la pared había un grifo sin pila. Daba fe de las manipulaciones del tabernero para aumentar sus ganancias. Había un embudo grande con el pico hacia arriba, mirando al techo como un pájaro curioso de cuello sucio. Había bombonas de cristal en fundas de esparto. Y un olor pesado a humedad y a mosto. En el piso de cemento se pegaban los pies sobre las manchas pringosas.

Por una puertecilla se pasaba del portal a la taberna; por una trampilla, de la taberna a la cueva. Los bordes del agujero cuadrado eran un peligro para las frentes. De pie en este borde donde empezaba la escalera carcomida y húmeda estaba el tabernero con su mandil de caucho. Avisaba el peligro. Abajo estaban ya su mujer y sus chicos. Uno de ellos hurgaba en el grifo goteante apretando su dedo contra la boca. Salía un hilito tenue de agua que se proyectaba lejos en una lluvia finísima y salpicaba a sus hermanos.

—¡Mamá, mira éste!

Un manotón y un apretón al grifo. El chiquillo se refugió llorando en un ángulo de la cueva. Seguía bajando gente. Bajaban a prisa y se acomodaban donde podían. Cada ráfaga de explosiones lanzaba más gente por la escalera.

Se tuvo que meter de cabeza allí. Delante de él la casa de la esquina de la calle de la Cruz perdió dos balcones y un trozo de fachada. Pensó absurdamente que si esto le pasaba a una casa, a un cura podía pasarle mucho más.

En el portal le acogieron cariñosamente y le guiaron a la cueva. Con su traje negro correcto, su cabeza gris y su cara seria, nadie reparó en él. Encendió un pitillo y se dispuso a esperar filosóficamente que acabara aquello. Después, se llegaría al Hotel Victoria y cenaría allí, en paz y gracia de Dios. Miró las veinte o treinta personas allí reunidas, levantó los ojos al techo abovedado de ladrillos, y por una asociación de ideas recordó su visita en Roma a las antiguas catacumbas cristianas.

Se hablaba en voz baja. De vez en cuando sobre los murmullos se oía una doble exclamación: «¡Jesús, Jesús!».

Era una vieja seca y alta, aunque ya doblada su espalda por los años. Tenía un perfil de pájaro y repetía incansablemente su jaculatoria. Atraía todas las miradas. A su lado había un soldado, joven y fuerte que la miraba con ira. Se estaba poniendo nervioso.

La puso una mano en el hombro:

—¿Se quiere usted callar ya, abuela?

—Sí, hijo, sí. Me callo. Pero es natural. Les tiramos nosotros y nos contestan. Es lo mismo que le digo a mi nieto que se escapó con las milicias. Si no os empeñárais en andar a tiros con ellos, no tirarían. Pero si les tiráis vosotros, ¿qué van a hacer?

—Anda Dios, ¿qué quería usted que les dejáramos entrar en Madrid a los moros?

—Hijo, yo de la guerra no entiendo. Pero ¿por qué matarse? Con lo sencillo que hubiera sido todo. Siempre ha habido ricos y pobres. Yo soy ya muy vieja y he visto el mundo. Cuando todos los señores y hasta los curas están con ellos, algo tendrán de razón. Claro —agregó, dándose cuenta del respingo de los oyentes— que yo no apruebo esto. Pero ¡es tan sencillo terminarlo! Además, no me puede usted negar las iglesias que se han quemado y los curas que se han matado en

Madrid. Esto, créame usted, es castigo de Dios.

El soldado se quedó mirando la figura flaca, arrugada como una pasa. Se volvió al vecino:

—Si fuera hombre, la pateaba a esta tía bruja.

El vecino asintió:

—Es una pobre vieja idiota: ¿qué vas a hacerle?

La vieja iba a contestar iracunda al insulto, pero delante de ella se plantó una voz viril:

—¿Usted es cristiana abuela?

—Claro que lo soy —contestó con ira—. Bueno, le diré —rectificó temerosa.

—No me diga; usted es cristiana o no lo es. Yo, soy cura. Católico, apostólico y romano.

Hizo una pausa y miró sereno al grupo compacto que se empujaba hacia él.

—Lo soy —agregó—. Y no lo niego.

Hizo otra pausa y apuntó a la vieja con un dedo:

—Está usted equivocada. —Se volvió al grupo—: Y vosotros también. Equivocada usted, porque no cree que soy cura. Equivocados vosotros —extendió la mano circularmente— porque tampoco lo creéis. Os explicaré la cosa en detalle y seguramente estaremos de acuerdo. Tal vez no la abuela, porque ya es muy vieja para comprender estas cosas. Soy hijo de unos labradores de Castilla. Estaba destinado a labrar la tierra. A ir tras las mulas manteniendo el arado. A no saber nada de nada, como no lo saben mi padre ni mi madre que no entienden de letras. Pero, salí un chico listo. El cura de mi pueblo se fijó en mí. Me tomó interés y convenció a mis padres. A los once años me mandaron al seminario. A los veintitrés se canta misa. Unos la cantan convencidos de que ya tienen un oficio que les asegura la vida y que les permite incluso

aspirar a ser obispos y hasta papas. Yo canté mi misa, convencido de que era un sacerdote de una religión hermosa que predica paz y fraternidad. No ha perdido esta fe. Estoy convencido de que existe Dios. Un buen Dios. De que todos los hombres somos iguales y hermanos. De que el reino de Dios es el reino de la paz. Estalló la guerra y me planteé un problema terrible de conciencia: yo, no podía tomar parte en la guerra. No podía pelear. Tenía una misión que cumplir: Sentirme más que nunca sacerdote de Cristo e inclinarme del lado donde Cristo estaba. A un lado había ricos acompañados de sacerdotes; al otro lado pobres abandonados de sacerdotes. Los ricos habían atacado a los pobres para hacerlos más pobres aún. Muchos sacerdotes se unieron a ellos porque a su lado estaba el mando y las riquezas. Unos eran ricos y agresores. Otros pobres y agredidos. Me quedé aquí. Me habían enseñado como palabra de Dios que para los ricos es más difícil entrar en el reino de los cielos que a un camello pasar por el ojo de una aguja. Me habían enseñado como palabra de Dios que no mataría, y como sacerdote debería enseñar a no matar. Y ellos matan. No han respetado la ley ni las palabras de Dios; han robado, han matado, han violado y han hecho burla de Dios y de los hombres. Han bombardeado ante mí la casa de Dios, lanzado en su nombre nueve bombas sobre esa iglesia de San Sebastián que tenemos al lado. Ahora mismos disparan sobre Madrid. Matan seres indefensos ajenos a la lucha, simplemente por venganza, ni aun por eso, por instintos criminales. Con cañones bendecidos en nombre del odio. ¡Camaradas, hermanos, aquí me tenéis! ¡Un cura! Estaba con vosotros antes y lo estoy ahora. Con la fe en Dios, con la fe en vosotros, en mí, en el pueblo de mi España, en todos los hombres de buena voluntad. Amén.

Calló. No se oían ya los obuses y las gentes del refugio estaban aún expectantes. Echó a andar el cura y delante de él se abrió un pasillo. Subió la escalera podrida, lentamente, con la

cabeza gacha y detrás de él desfilaron todos.

En la calle ya, el soldado, se adelantó rápido y avanzó hacia el cura; se plantó delante de él cortándole el camino y le tendió la mano:

—¡Padre, ha *estao* usted bueno!

XVI

HÉROES

Uno de estos bombardeos inesperados de Madrid, me ha cogido de improviso en una calle, cuyas casas no son construidas precisamente para soportar granadas de artillería. Algunas de ellas se edificaron casi antes que el primer cañón. Han comenzado a estallar tan cerca las granadas que busco el abrigo de un portal. Me han llamado de uno de ellos. Me ha llamado una muchacha muy bonita, vestida de luto riguroso que está nerviosa en el quicio de la puerta:

—Venga, venga aquí, que está seguro.

A su lado hay un perrillo blanquisucio que rebrinca a cada explosión y ladra furiosamente, sin separarse de las faldas de su ama. Rebrinca de una manera grotesca porque tiene rota y encogida una de las patas posteriores. Es una birria de perro, de los que nosotros llamamos ratoneros. Tiene la piel cortada como por la sarna, es cojo y francamente sería repugnante si no tuviera unos ojillos inteligentes. Es un verdadero chucho.

La muchacha me ha hecho pasar dentro a la portería. Efectivamente ofrece una seguridad bastante amplia. La casa es una casa de piedra hecha en 1652, sólida como un bloque de granito. Debajo del primer tramo de escalera está la portería; una habitación en forma de cuña con una mesa redonda cubierta por un tapete rojo sucio y una lámpara encimé En el fondo hay un banquillo de zapatero y en las paredes, clavadas, estampas policromadas de toros, cortadas de «La Lidia», un periódico taurino que se editaba allá por el año 1860. Dentro del portal, estamos ya seis u ocho personas. Los hombres estamos serios y las mujeres nerviosas, cada vez más a medida

que aumentan las explosiones. La muchacha sale y desde aquí la oigo:

—Pase, pase usted, esto es seguro.

Y vuelve con un nuevo refugiado que se incorpora a nosotros, da las buenas, lía un pitillo y se queda silencioso. Todos estamos silenciosos.

Penetra de pronto una vecina que suelta el chorro de comadre:

—Hija, Julia me he metido aquí porque no me atrevo a llegar a casa. ¿Cómo estás tú? —pregunta. Y la estampa a Julia dos sonoros besos en las mejillas que se quedan brillantes de babas.

La chica hace un gesto de resignación y de pena:

—¿Cómo quiere usted que esté? Con las entrañas negras y con un susto diario. Me han ofrecido evacuarme a Valencia. Pero yo me quedo en mi Madrid. Además, me parece que mi padre está conmigo y no tengo miedo. ¡Bueno!, miedo sí, que tengo. Pero me parece que está él aquí y que tengo un deber.

El perrillo que no se separa del ama, levanta la cabeza y lanza un gemido.

—¿Ve usted? —pregunta—. Hasta *Toby* lo comprende. ¿Verdad?

El perrillo levanta los ojos expresivos, mira a su ama y parece que llora. Me dan ganas de darle una patada, porque me pone más nervioso que las explosiones.

Julia y el perro vuelven a salir al quicio del portal a invitar a los transeúntes a refugiarse; y espontáneamente, la mujeruca, se vuelve a mí y me endilga la historia.

—La pobre chica. Al padre le mataron ahí mismo en el quicio de la puerta. ¡Era un abuelete más *plantao*! Era un poquillo chepa, pero… ¡con más picardías!… Aquel cajón de zapatero era suyo. Echaba medias suelas a todo el barrio y piropos a

todas las chicas. Más bueno que el pan. Cuando estalló la guerra rabiaba: «Si yo tuviera veinte años, cogía un fusil y me iba a pegar tiros a los fascistas». Yo le decía: «¿Dónde va usted a ir con la chepa y el reúma?». «Ya lo sé, ya lo sé, —me contestaba— pero estos tíos carcas van a deshacer Madrid, mi Madrid». Cuando empezaron los bombardeos, como la casa es de piedra, se salía a recoger a todos los chicos que estaban jugando en la calle y los metía a pescozones en el portal. Después metía a las personas. Subía a los pisos a llamar a los vecinos para que bajaran y el bombardeo le cogía siempre en la puerta. Igual que ahora hace la Julia. Decía: «Pasen, pasen, esto es de piedra, *garantizao* contra Mussolini». Y esto se llenaba. Y no crea usted que nos quedábamos tristones como ahora. Tenía humor y nos soltaba una chirigota entre salida y salida al portal. Y así lo mataron. Salió una vez y oímos una explosión que hizo bailar la casa y nos metió el resuello en el cuerpo. La Julia estaba aquí con nosotros. Con que, entra el pobre *Toby* a rastras, ladrando que se partía el alma, con una pata que parecía una morcilla rota, chorreando sangre por la cara y el cuerpo. Yo creo que hasta el rabo. Parecía que le habían volcado un cubo cíe pintura. Va Julia, ve al perro y dice: «¡Mi padre!». Salimos todos corriendo, porque a todos se nos quitó el miedo, y mire usted, el portal era una carnicería. La sangre llegaba hasta el techo y el pobre se había quedado allí en el quicio, sentado de culo. Estaba roto por la mitad, pero tenía una cara que me hubiera gustado que la hubiera usted visto. Parecía que estaba diciendo su cantinela: «Pasen, pasen». Y el pobre *Toby* le lamía la sangre. A *Toby* le hemos *curao* entre todos. Ya he *guardao* cola para comprarle carne y hasta le hemos hecho una cama con su manta y todo. Y el pobrecillo se ha *salvao*. Como usted ha visto, la chica sigue metiendo aquí la gente y el perrillo va con ella. ¡La pobre se acuerda tanto del padre cada vez que hay bombardeo! Y el perro también. No crea, que también tienen inteligencia los bichos. ¿No le ha visto usted llorar?

Digo: «claro que lo he visto, mujer». Pero no la digo las intenciones que he tenido de dar una patada al chucho, porque me da una vergüenza íntima de mi arrebato anterior.

En Madrid, no hay azúcar. Amigos de Inglaterra me habían enviado un paquete de libra, y yo llevaba en estos días siempre unos terrones en el bolsillo por si se tercia tomar café en la calle. Rebusco y llevo dos terrones. Se los come *Toby*, y baila un poco a mi alrededor con su pata coja, su rabo torcido y su piel llena de costurones. Julia me dice:

—Encama le ha contado ya la historia, ¿verdad? Pues es lo último que me queda en el mundo, *Toby*. ¿Verdad encanto? Hasta que un obús nos espanzurre.

No me he atrevido a decirla que era joven, guapa, valiente y que la vida es esperanza. Parecería un piropo. He acariciado al perro, ya mi amigo, y me he marchado terminado el bombardeo. En mi cerebro resonaba:

«Pasen, pasen, esto es de piedra, garantizado contra Mussolini».

XVII

PISO TRECE

Un salón inmenso, lleno de ventanas que se abren a tres fachadas del edificio. No hay en él un solo mueble. Está completamente desnudo, sin una alfombra, un tapiz o una cortina; no sólo desnudo, sino roto en su carne y en sus huecos. Allá, en medio del techo, hay un agujero del que penden jirones de cemento cosidos por alambres mohosos. Por allí, entró un obús. Ahora entra un chorro de sol que se estrella contra el suelo, cerca de los bordes de otro agujero que descubre las entrañas del piso doce. El obús siguió por allí su camino. En aquella pared hay otro agujero. En la otra, dos más, y dos manchones de ladrillos nuevos que son dos remiendos. Está llena la sala de rotos y más rotos. Una de las columnas, aguantó el choque y no llegó a partirse, pero su desconchón parece una herida en una pierna.

El piso trece es una nave vacía que recoge todos los ruidos y todas las vibraciones del edificio y las devuelve ampliadas. Sus ventanas se abren sobre Madrid, sobre sus campos y sobre sus pueblecillos cercanos. Abajo, en la vertical, a cien metros de hondo, está la calle llena de gentes. Desde arriba se les ve pasar faltos de su estatura, destacando al marchar su cráneo redondo y sus piernas que surgen debajo a compás. Siguiendo hada arriba las hileras de balcones, de golpe se ven los bloques de los edificios; estrechos en su base y anchos en su tejado. Los tejados son una superciudad: los hay inclinados y rojos, cubiertos de tejas, con ventanitas pequeñas de guardilla donde algunas veces sobresale un tiesto de flores. Los hay planos y blancos con barandillas de hierro y baldosines rojos, llenos de ropa blanca secándose al aire. Los hay con torretas,

con cúpulas, con obeliscos y con estatuas. Todos tienen chimeneas; viejas y chatas de ladrillo, esbeltas de zinc inoxidable, brillantes a la luz, renegridas de hierro, torcidas y retorcidas. Unas están empenachadas de humo gris, dentro y otras de volutas tenues azules; muchas están calladas. Algunas parecen moverse; su envoltura de aire caliente, hace ondular las líneas de sus siluetas.

Rodeando la ciudad, los campos: los campos verdes del Jarama, los campos grises de la meseta hasta los carabancheles, los bosques de la Casa de Campo y el Pardo, y detrás de los bosques las manchas de nieve de la Sierra de Guadarrama. El cielo azul está encendido por detrás.

Tan alto, se siente uno ingrávido sobre esta estructura gigante que vibra y oscila bajo los pies. Se siente uno pupila que mira a todos y objeto que todas las pupilas miran.

En el salón desierto, en una ventana de la esquina que mira al oeste, hay un bulto sentado cuya silueta se recorta en la claridad de la ventana. Está agachado sobre el alféizar y de su cabeza salen dos ramas como las antenas de un insecto. Es el único habitante de esta soledad, habitante perpetuo cuya única obligación es mirar. Mirar de día y de noche. Mirar a través de estas dos antenas de insecto para fijar a través de ellas los movimientos de los hombres que se mueven allá en los campos. Lanzando la mirada a través de prismas, recorriendo un laberinto por el que llega la visión de las cosas y de los hombres como si estuvieran al alcance de la mano.

El soldado me deja escudriñar por los ojos del telémetro. Tengo que graduar las dos imágenes distintas que bailotean ante mis propios ojos, hasta lograr que una encaje sobre otra y formen una sola.

Allá lejos, en un cerro, está la batería. La veo con sus hombres como hormigas afanosas, zascandileando a su alrededor. Parece que limpian el cañón o que le inspeccionan y se mue-

ven completamente ajenos a que yo les estoy mirando. Allí al lado, hay una figurina diminuta con algo que no aprecio bien hasta después de un esfuerzo. Veo entonces que existe otro, como yo, que mira por las antenas de un telémetro de trípode y siento como si me estuviera mirando a mí mismo y como si su mirada penetrara a través de mi telémetro y entrara en mi cerebro.

El cañón ha escupido una nubecilla de humo blanco, como el humo de una pipa en que se chupa. Me he extrañado de no oír la explosión del disparo. Pero, sigo mirando la ronda de los hombres alrededor del cañón.

Entonces, uno, dos o tres segundos más tarde ha silbado el obús cruzando el aire. He retrocedido violentamente de la ventana. El soldado ha tomado de mis manos el telémetro, ha lanzado una ojeada sobre el cañón y se ha vuelto a mí.

—Nos están mirando.

He vuelto a coger el telémetro y a mirar. Me he pegado a estos ojos del telémetro, prolongación de los míos, fascinado, incapaz de moverme del sitio, viendo las nubecitas del humo del cañón, oyendo silbar el obús segundos después y sintiendo sus explosiones en la calle, en las fachadas, en los tejados alrededor, oyendo vibrar los cristales y las columnas, temblar el piso, llenarse el salón inmenso de ruidos, de gritos, de polvo y de humo. Pensando que me miran a mí, que me disparan a mí, que viene a mí por el aire el obús, que va a penetrar por el ocular del telémetro, va a recorrer el camino tortuoso de prismas y va a entrar en mi cerebro por mis ojos y va a estallar aquí, dentro de mi cráneo.

Detrás de mí está el soldado, curioso de ver cómo estallan los obuses en los tejados y en las calles, asomándose por encima de mi hombro para ver saltar las tejas y los cristales y localizar la explosión.

—¡Nos van a dar! Ha estallado una en el Café del Norte.

Y lo dice tan sonriente y tan tranquilo como si el blanco no fuéramos nosotros. O como si fuera un juego de chiquillos sin importancia.

He podido romper el embrujo y él ha recuperado su puesto de observador con los ojos clavados al telémetro, cumpliendo su deber, pero sin poder refrenar su curiosidad de ver dónde caen los obuses. Preguntándome: «¿Dónde ha estallado ése?»; diciéndome a cada disparo: «¡Otro!».

Yo, detrás de él, anhelante con todos los nervios tensos, revistando los tejados en espera de en cuál de ellos surgirá el chasquido y el humo de la explosión. O en espera de que la explosión y el chasquido sea aquí, dentro de esta sala inmensa y vacía donde estamos solos el soldado y yo. Quisiera marcharme. Pero si me escapo de este piso trece huyendo de él, tendré que bajar corriendo trece pisos de escaleras y no veré el obús que viene.

Prefiero mirar y saber cuándo tiran sobre mí.

Me quedo en el piso trece.

XVIII

ARGÜELLES

Argüelles es una barriada de Madrid que en noviembre de 1936 quedó deshecha. La invasión pretendió entrar por allí en la ciudad y para abrirse camino la bombardeó furiosamente. Hubo que dejar vacío el barrio y vacío sigue. Aún constituye una trinchera avanzada de la defensa de Madrid, a la que llegan los disparos de fusil y de cañón. Su límite es el Paseo de Rosales, balcón abierto al frente de la Casa de Campo y del Parque del Oeste. En medio está el Manzanares, el río sin agua que no se pudo pasar.

El balcón pende en el vacío, sin caer. Está agarrado a la fachada, aún, por una pata de hierro que se hunde en el mortero. Se le ve moverse como un péndulo. Arriba, encima de él, hay otro balcón intacto. En su suelo hay un tiesto con una enredadera. En este año de guerra, la enredadera ha crecido y ha llegado hasta el balcón roto. Se ha enroscado en él; y le sostiene sobre el vacío.

En medio de la calle, entre las dos vías de *tranvía* ya rojas de orín, hay un bacinillo de niño. Está boca arriba. Y al lado, una muñeca, sucia, rota, despeinada, con los ojillos de cristal intactos, contempla el orinal. El niño, no ha venido. Pero allá arriba, en el tercer piso de la casa cortada, hay una cuna volcada hacia la calle. Parece que en una convulsión arrojó su carga, junto con los ladrillos de la pared rota de la alcoba. ¿Estará el niño debajo del montón de ladrillos? Interrogo a la alcoba en lo alto y al muñeco caído en la calle. Sólo me contesta el montón de escombros. Parece que sale de él el vagido callado de un niño.

Me han cogido un pie. El frío del miedo me ha recorrido la espina dorsal: estoy solo en la calle. Es un cable de tranvía, enrollado y caído, verde por las escarchas de un año. Me agarra de los pies igual que hacen los heridos a los compañeros, para que no los abandonen en el campo de batalla. Debo cogerle y separarle. Deja entonces, en las piedras de la calle, una huella verdosa.

Un letrero: ¡VINO Y CERVEZAS! Unas puertas destripadas, un mostrador derruido, sillas y bancos rotos y tirados, mesas patas arriba. Vidrios rotos. Tengo sed. Dentro hay una mesa intacta. Una mesa roja, redonda, una mesa de taberna; tres taburetes alrededor. Situada en un rinconcito, espera a los parroquianos viejos, que salieron corriendo. Porque sobre ella aún está la botella, un frasco cuadrado de vidrio, dentro del cual se secó el vino, dejando una mancha roja oscura, como sangre seca. Y cercando la botella, tres vasos llenos de polvo con posos rojizos. Se fueron los parroquianos y vino la araña. La araña ha encontrado habitación en el frasco. Desde su boca ha tendido una red de hilos a los vasos y todo forma un conjunto para atrapar moscas, un conjunto sucio, lleno de polvo, muerto, donde anida la vida. La araña se asoma al bocal del frasco y me mira. Me voy.

Piso de nuevo la calle de Ferraz, tan sola, que mis pasos suenan a hueco. Y entonces comienza el bombardeo de todos los días. Estallan las granadas sobre las casas muertas, abriendo nuevas heridas en sus cuerpos desgarrados. Aquel piano que quedó inmóvil y solo en noviembre del año pasado, caído sobre una de sus patas rotas, mostrando la dentadura amarillenta de sus teclas, como un monstruo moribundo, da un grito: un casco de obús rompe sus cuerdas, hasta hoy tensas. La nota chillona retumba en toda la calle, en todo el barrio vacío.

Todas las cosas que nunca tuvieron vida, todas las cosas muertas, todas las cosas que nacieron muertas, adquieren vida propia. Cae un jarrón y estalla en mil pedazos sobre las pie-

dras. Cae un zapato, un zapato de mujer, que sólo rebota sobre la acera, trenzando un paso de baile macabro. La explosión ha impulsado a la lámpara de aquel comedor. Oscila violentamente y hace chirriar sus cadenas. El obús revienta el montón de escombros y le esparce en nuevos montones.

Entre explosión y explosión, las cosas, las casas, las calles, gritan sacudidas por la metralla.

Yo me quedo acurrucado en el portal de una casa, muerto de miedo a las cosas muertas.

XIX

ESPERANZA

Llevaban días y noches encerrados en un salón del edificio de la Telefónica en Madrid. Un salón que era simultáneamente oficina, comedor y alcoba. En medio una mesa grande, de consejo de administración. A lo largo de una pared, tres camas de campaña con un jergón encima, sin sábanas, dos de las camas para ellos, la tercera para el ordenanza de guardia.

Función de guerra. Llevaban días y noches durmiendo a ratos, sosteniéndose con bocadillos, tazas de café espeso y tragos de coñac. Llevaban días sin desnudarse, sin mudarse de ropa, sin lavarse. Días de tensión máxima en que los «junkers» volaban sobre el edificio queriendo destruirle. En que los cañones, con el edificio como blanco, lanzaban obuses y shrapnels. Era inútil refugiarse porque entonces el trabajo hubiera tenido que detenerse y la única protección era trabajar detrás de las ventanas abiertas al frente, a la luz de un portátil con la bombilla envuelta en papel carbón. Una luz que no se extendía más allá de un círculo estrecho, que ponía tonalidades cadavéricas con sus reflejos morados; que olía a la cera recalentada como si fuera un cirio. Fuera del círculo de luz la sala quedaba oscura.

Eran un hombre y una mujer tan agotados que, aquella noche acordaron cerrar la oficina desde la una de la madrugada hasta las ocho de la mañana. Era imposible resistir más y a la una y cuarto ellos y el ordenanza dormían pesadamente.

Se encontraban los dos despiertos simultáneamente. Él, miró la hora; faltaban pocos minutos para las tres. Les había despertado el ruido intenso y múltiple del fusil, de la bomba, de la ametralladora, del cañón, de los aviones. El ordenanza

dormía y roncaba como un cerdo. Se miraron y tendieron las orejas hacia el frente, hacia el frente que llamaba a los cristales de las ventanas. Se levantaron sin hablar y él abrió una de las ventanas, dando paso a un bocanada de aire frío de noviembre. Húmedo, buen conductor del sonido, metió dentro agrandados, amplificados y rebotados contra la bóveda húmeda de la niebla, los gritos, los ruidos, las explosiones, la mecánica de la guerra. Oyeron los dos el sonido metálico chirriante, alucinante, terrible de los monstruos —entonces para ellos desconocidos— que avanzan arrastrándose sobre cadenas de hierro aplastando todo. Los monstruos de hierro se oían y sonaban calle arriba, ya sobre las piedras de la ciudad. Dentro de la ciudad.

—Ésos son los tanques —susurró ella bajito como si temiera ser oída.

Tendieron el cuello en la oscuridad tratando y temiendo verlos surgir allá abajo en el final de la calle, de donde venía el ruido. Con el ventanal abierto, con el ruido de la batalla dentro de la sala, comenzaron a pasear ambos uno al lado del otro. De vez en cuando se cruzaban frases cortas ajenas a las ideas que les llenaban el cerebro. Comentarios sobre incidentes del trabajo en el curso del día. Él comenzó a hacer una descripción de un nuevo tipo de mechero. Ella pretendió conducir el interés de él a una discusión sobre la técnica publicitaria. No lograban anudar las conversaciones. Recaían en silencios, y en éstos el hilo de sus ideas se sintonizaba totalmente.

Sabían que era un momento de prueba definitiva. Que el enemigo atacaba con todos los medios un Madrid indefenso, que sólo podía oponer hombres y más hombres, carne contra máquinas. Si entraran en Madrid, si llegaran a esta Telefónica, ratonera de hierro y cemento, sin salida, situada en el camino de la invasión, los fusilarían a ella y a él. No tenían ni el recurso del combate en el que el espíritu y el cuerpo se desor-

bitan, y se muere luchando sin sentir que uno se muere; habían de estar allí, en la sala oscura, oyendo roncar al ordenanza, midiendo con el oído la distancia del combate, imaginando dónde y cómo se encontraba la lucha. Esperando, esperando en la noche el destino.

Cuando se espera la muerte, la vida se convierte en simple y clara. Se revisan los valores tradicionales y se desechan, se dejan caer como un traje viejo. Se siente el ansia de vivir no la vida anterior, de vivir la vida nueva, limpia y sincera.

Los dos pensaban esto e iban soltando frases cortas como chispas que traducían en palabras sus impulsos paralelos. Se cogieron del brazo inconscientemente y comenzaron a hablar bajito. Se explicaban el uno al otro sus angustias y sus ansias, lisamente con una franqueza primitiva, enseñándose mutuamente sus ilusiones y su fe.

Vino el día, despacito como viene siempre, con un pequeño reflejo luminoso allá, en el este, donde el azul profundo del cielo comienza a diluirse en una claridad. Se manchaban las calles de un azul gris, sucio, oscuro, borroso. Es difícil ver un hombre en la calle cuando nace el día. En la noche la luz de la luna lo convierte en una silueta negra. Cuando no hay luna, la silueta es más negra que la propia oscuridad y siempre se ve al hombre. Pero al amanecer no se ve nada. El gris azul hace todo gris azul, y los hombres y las cosas se confunden en esta luz carente de luz. En la noche se oyen los ruidos, durante el día hay ruidos, pero al amanecer se apagan y se mueren los ruidos. No hay ruidos. Y hay una hora enorme, no una hora, unos minutos, o tal vez unos segundos, aquéllos en que el día pasado se va y el día viviente viene, unos instantes de transición en que no hay ni luz ni ruidos. Unos instantes, en que los hombres y las cosas se sienten fuera de la vida, y a la vez dentro de la vida. Formando parte de la vida pero sin vida, ajenos a su vida propia, sin voluntad, sin luz, sin sonoridad: vacíos, huecos.

Es la hora de nadie.

Aplastados los dos en la ventana, sentían esto muy hondo, en la piel, en la carne, en los huesos, en los nervios y en las almas. Se sentían juntos en esta soledad inmensa, carente de luz y de ruido.

Hasta el frente se había callado, cortado el ataque. Pero ellos aún no habían oído este silencio. Fue al romper el día, al romper este encantamiento, cuando notaron que había cesado el combate.

Y la nueva vida, la esperanza y la fe en esta nueva vida, en este nuevo día que nace sin combate, los lanza al uno en brazos del otro.

XX

PLAZA DE ESPAÑA

Existe en Madrid una Plaza de España y en la plaza un monumento a Don Quijote. Don Quijote sobre Rocinante y Sancho sobre Rucio, se encuentran delante de un obelisco que remata la bola del mundo. Don Quijote y Sancho dan cara a la Casa de Campo; al Paseo de San Vicente por cuya cuesta un día de noviembre de 1936 subieron los moros y los tanques alemanes. No remataron la cuesta y tuvieron que retroceder hasta la Casa de Campo, donde hoy está el frente.

La Plaza de España con la estatua de Don Quijote y la de Sancho es hoy zona de guerra de Madrid.

¿Qué me importa que seas de bronce, tú, y lo sea tu escudero, y lo sean su burro y tu caballo? Plasmó en ti, un genio, la raza mía. Te dio vida de ficción tan viva y tan fuerte que te convertiste en realidad. Te conocen en el mundo a través de todos los mares y vas tan unido al nombre de mi Patria que te fundieron en bronce, porque en la Plaza de España, en Madrid, sólo tú debías estar. Tú, y Sancho, tu escudero.

Nunca mejor que hoy estás aquí. Fíjate: Solo. La Plaza de España está desierta. Los «follones y los malandrines», tiran tantas bombas que te has quedado aquí, solo en la Plaza de España. Solo, no, Con Sancho. Os han puesto unos sacos terreros a los pies. Tú no los precisas. A Sancho le sirven de consuelo, pero piensa más en que tu recia figura que se interpone entre él y el frente, le servirá de protección. Has extendido una mano que ha contenido al invasor frente a ti, en la cuesta de San Vicente y sigues enhiesto y sereno de cara a la lucha.

Quien te colocó aquí y así, no supo lo que hacía. Pero hoy se ve claro. Frente a ti está la invasión y tu mano diestra alzada para el golpe. Detrás de ti, se eleva un obelisco que remate el globo terráqueo. Entre el mundo y los bárbaros, interpones tu figura y la de Sancho.

Sancho, amigo: no te enfades. Eres socarrón y cómodo. Llevas las alforjas repletas y la bota llena. Te gusta sestear con Aldonza. Detrás del Loco Sublime, marchas regruñendo contra sus aventuras bélicas. Tienes miedo. Pero no le abandonas. Vas detrás del ideal. Por encima de tus sueños de lucro, de tus herencias de ínsulas Baratarias, el Caballero de la Triste Figura es tu Dios y le sigues, y le curas, y le ayudas. Apaleado, apedreado, escarnecido por rústicos y por señores, Sancho, le sigues, le ayudas y le curas. Cuando muere Alonso Quijano, todos, hasta él mismo, reconocen su locura. Menos tú. Porque para ti, nunca fue loco. Fue sublime.

Sobre Rocinante triste, con orejas gachas, va Don Quijote a conquistar rutas y desfacer entuertos. Alza su mano y detiene las hordas. Detrás, Rucio levanta sus orejas filosóficas y marcha lentamente. Sancho encima contempla tranquilo Castilla.

Y las cuatro sombras de bronce, síntesis de España, se yerguen con la bola del mundo detrás, amparada por ellos. Avanzan sin miedo y sin tacha de frente al invasor.

Aquí en la Plaza de España, regada de obuses, se han quedado solos. Don Quijote y Sancho Panza.

Yo he venido esta tarde a hablar con ellos. Estoy en la Plaza de España. Detrás tengo la bola del mundo que confía en mí, español, mezcla de Quijote y Sancho.

¡Y me siento de bronce!

Arturo Barea

(Badajoz, 1897 - Londres, 1957)

Escritor español que se exilió en Inglaterra tras la derrota de la Segunda República en la Guerra Civil (1936-1939) y publicó en este país el grueso de su obra: ensayo y narrativa. Como la de otros autores cuya trayectoria hubo de atravesar circunstancias similares (Ramón J. Sender, Francisco Ayala, Alejandro Casona, Max Aub, Rosa Chacel o Segundo Serrano Poncela, entre otros), su producción se encuadra en la llamada literatura española en el exilio.

Su primer libro, totalmente marcado por el clima de la Guerra Civil, fue un conjunto de narraciones aparecidas con el título de *Valor y miedo* (1938). Pero su obra más conocida es la trilogía *La forja de un rebelde* (1951), integrada por los títulos *La forja*, *La ruta* y *La llama*. La obra, inicialmente publicada en inglés, fue traducida al castellano y después a otros idiomas.

En *La forja* Barea narra su infancia y adolescencia en Madrid, junto a su madre, una lavandera; en esta primera parte, el relato recrea fielmente la ciudad de esos años y las vicisitudes de una vida difícil. *La ruta* es la parte de la trilogía que narra su dura experiencia de soldado en Marruecos. Finalmente, *La llama* constituye la relación pormenorizada de los trágicos acontecimientos que se desa-

rrollaron a partir del estallido de la Guerra Civil en la capital de España: las primeras jornadas de julio, el asedio, los bombardeos, las intrigas políticas.

La crítica ha sido unánime siempre al resaltar la sinceridad moral y expresiva de este relato de más de mil páginas. Para los historiadores, esta vasta trilogía posee el valor de ser un relato de primera mano, vivido íntegramente con apasionada intensidad, pero que rechaza siempre cualquier tipo de partidismo y da cuenta de lo heroico y miserable que late en la condición humana, sin retroceder ante el horror que desvelan las más dolorosas confesiones. Según estos juicios, resulta casi imprescindible leer los tres volúmenes de Barea, si se desea conocer realmente a fondo la historia española del siglo XX. Posteriormente escribió otra novela extensa, *La raíz rota* (1955), que aborda la dramática frustración del exiliado al retornar a su país, y la colección de cuentos *El centro de la pista* (póstuma, 1960). Arturo Barea publicó también en inglés, y luego en castellano (1956), el ensayo sobre Federico García Lorca titulado *Lorca, el poeta y su pueblo*, y en sus últimos años realizó charlas semanales para la B.B.C. de Londres sobre temas de política y literatura españolas. En el año 2000 se publicó un libro inédito que, con el título de *Palabras recobradas*, reúne diversos textos del escritor. [*]

* El texto aquí copiado procede de n
https://www.biografiasyvidas.com/biografia/b/barea.htm